



# EL MOTÍN



Año XXXIII.-Madrid, Jueves 28 Agosto 1913.-Número 35.

REDACCION:  
RIVADAVIA, 1888  
BUENOS AIRES

## SOL Y ORTEGA

Ha muerto repentinamente, cuando creíamos que estaba mejor de su enfermedad.

Voy á dedicar gran parte de este número á honrar su memoria, copiando algo de lo mucho que ha dicho la prensa republicana y monárquica en elogio suyo. Lo que yo pensaba de él, ya lo dije cuando vivía, en el número correspondiente al 31 de Julio, y á lo cual me respondió en esta carta:

Sr. D. José Nakens.

Mi querido amigo: Acabo de leer el último número de su ilustrado periódico y enterarme de lo que se ha dignado usted escribir, á propósito de mi enfermedad y restablecimiento.

No necesitaba yo tanto, para tener la seguridad de su buena voluntad y cariñoso afecto; estos sentimientos le han impulsado á ser excesivamente benévolo.

Completamente restablecido, salgo hoy para Vichy, donde me verá obligado á permanecer por prescripción facultativa hasta últimos de mes, y allí, como en todas partes, puede usted contar con el agradecimiento y afecto de su buen amigo

J. SOL Y ORTEGA

Barcelona 8 Agosto 1913.

Por la vida aislada que siempre hice, he visto pocas veces á los políticos republicanos: á Sol y Ortega le habré hablado diez ó doce.

Una de ellas al día siguiente de su discurso sobre el fusilamiento de Clavijo, para decirle:

«Salve usted al partido republicano poniéndose á su frente.»

Y otra al terminar la gran Manifestación del pueblo de Madrid:

«Insisto en lo que le dije á usted hace años en el Hotel de Embajadores.»

Y en ambas ocasiones se opuso á que yo levantara bandera en tal sentido, fundamentando su negativa con razones que me hicieron admirar más al hombre, pero que me convencieron de que Sol y Ortega carecía en absoluto (en honra suya lo digo) de las condiciones que hoy son necesarias para alcanzar y conservar jefaturas.

Hace unos dos meses que lo vi por vez postrera en unión de tres amigos y recordé el aquellas dos entrevistas mías. «Otra sería hoy la suerte del partido republicano, si accede usted á lo que le propuse,» le dije.

Como también le contesté al decirme que estuvo por hablar en el Congreso

después que Lerroux y Melquíades pronunciaron aquellos discursos que han acabado de destrozar al partido: «Siento que no hablase usted. Hubiera disipado las sombras.»

De otras cosas que hablamos, nada digo: juicios sobre personas y hechos que él no formuló en público, debo abstenerme de revelarlos. Me contento con sonreír irónicamente al leer ahora los entusiastas elogios que algunos le tributan.

¡Qué cosas se le hubieran ocurrido al romántico-escéptico, (palabras que en Sol y Ortega no eran antitéticas), si llega á sospechar que iban á poner ciertos sujetos sobre su cruz este *Inri* de alabanzas! Habría que haberse pegado á él para oírle.

Mas dejaré este peligroso tema; ¡se presta tanto á las frases sangrientas! Ocasión habrá de desarrollarlo. Aparte de que esta manera de proceder no es nueva. Siempre existió. Y existirá. Ya lo dijo el poeta:

«Antigua la moda es:  
á los buenos y á los justos  
los matamos á disgustos  
y los lloramos después.»

Resumiendo: no quito una sílaba de lo que dije de Sol y Ortega cuando vivía, y hago mío todo lo que la Prensa ha dicho de él después de muerto. Es una de las veces que la he visto más unánimemente imparcial y justa.

JOSE NAKENS

## MI CORONA

Pocos son los documentos que la Historia nos ha legado de los condenados á muerte, escritos después de serles notificada la sentencia. Esos que nos quedan valdrían bien la pena de que un editor los recogiese y formara con ellos un volumen de singular valor por la intensidad insuperable de sentimiento en ellos desbordado y por el caudal de suprema filosofía en tales escritos contenida.

¡Qué grandes parecen esos hombres en el acto de despedirse de la tierra... ¡Qué vibración más extraña adquiere su voz hablando por vez última á la Humanidad que les dió vida y que se la quitó! ¡hablando, digo, en la plenitud de su lucidez cerebral, reconcentrando en una sola mirada infinita de cara al patíbulo, todo el pasado y futuro, y todo el espacio geográfico y moral de sus impresiones y afectos!...

El jesuitismo, conocedor del tesoro que encierran estas conciencias, ha hecho industria de la secta el oficio de confidente de los sentenciados á muerte y de

los reos en capilla, incluso de aquellos á quienes la secta hace sentenciar.

Cuando el reo es un tipo vulgar, su situación es penible y brutalmente dolorosa. El que sólo fué una bestia en el sentir y en el discurrir, siente sólo el dolor del instinto. Pero cuando es un espíritu superior, estalla en él el genio mesiánico, su vista se abre á nuevos horizontes: su alma nace á una nueva vida.

Yo he viato á Sol y Ortega en ese trance.

Era en aquella pavorosa época, terrible pesadilla de España y del mundo, en la cual, en medio del sepulcral silencio y universal espanto de Europa, el jesuitismo maurista iba fusilando con estremeceadora pausa y con antropofágico deleite, aquellas hoy llamadas víctimas de la represión; represión baladí tal vez en el fondo, si se compara con otra cualquiera; espeluznante en la forma, si se recuerda aquella lentitud, masticación y paladeo de los procesos y torturas.

En aquella consternación general, para hacerla más horrible sólo quebrantada por las insolencias grotescas de La Cierva y por las carcajadas del clericalismo; entonces, cuando nadie osaba mover los labios ni para demandar clemencia por miedo de irritar á las Furias gobernantes, entonces se recordará que se intentó condenar á muerte á Sol y Ortega, plebea predilecta de los clericales, y para cuyo fusilamiento y el de Ferrer debían ser mirados como simples preludios los otros fusilamientos.

La ferocidad clerical rompió á la sazón todo freno. El gobierno del rey, obcecado en su prurito, llegó á imaginar aquella ley anuladora de la inmunidad senatorial, atentando contra la Cámara de Grandes de España, generales y obispos, todo con el exclusivo objeto de poder fusilar á Sol y Ortega.

Y cuando nadie osaba pedir indulgencia al rey ni justicia y calma á su gobierno, y toda la nación era una cámara mortuoria, y La Cierva abría sus fauces y tenía extendidas sus garras omnipotentes anhelando atraer con su aliento de sierpe al huido Sol y Ortega, éste se presenta en la redacción de *El País*, sin escolta y sin disfraz, ofrendando su cabeza á la fiera.

Al verle me quedé atónito.

—Pero, D. Juan—le dije...—¿Qué temeridad es esta?... Cómo se mete en la boca del lobo cuando más excitada siente su hambre?

Sol y Ortega respondió más que con palabras, con su mirada que tanto decía.

No era su arriesgada venida un acto



de jactancia, ni una provocación temeraria, ni una tentativa. Era el cumplimiento de un deber supra-individual. Era la notificación al desatentado gobierno, de que en España todavía había nombres que sabían ofrecer su vida en holocausto del ideal, y que no temían tanto a la muerte física como a esa otra muerte civil a que se habría sometido Sol y Ortega continuando en el extranjero.

Y así, oliéndole a polvora la cabeza, se instaló en Madrid, sin ocultaciones ni parapetos; sin cotas de malla ni paracaídas.

Nunca sentí por nadie tanta admiración.

Al contarle a Nakens este lance, al primer movimiento de asombro sucedióle un gesto de satisfacción y de orgullo: orgullo de ser republicano y de poder contar entre los republicanos a hombres como Sol y Ortega.

Nakens estaba sometido en aquellos tiempos a una severa vigilancia policiaca. Por no dar pretexto a sospechas que pudieran perjudicar a Sol y Ortega, hubo de hacer el sacrificio de abstenerse de visitarle, comisionándose para ir a abrazarle y ofrecérsele sin reservas y a todo evento.

Estaba en el Hotel Inglés. Entré en su modesto gabinete. Ville agitado por una tempestad de sentimientos que no podía retener ocultos a una fina mirada. Al apretarme la mano, el calor de la suya y la vibración de sus nervios marcaban un alto estado emotivo.

Cumplí el encargo que llevaba. Me abrazó efusivamente. En el abrazo descargaba un fluido pesado que le oprimía. Y recobrando el equilibrio, habló con acento de acusación, de queja, de desencanto, de amargura y de amenaza; acento que no he olvidado ni olvidaré nunca.

—Dígale usted a Nakens... fíjese bien... que es el UNICO REPUBLICANO que se me ha ofrecido, aparte de Pérez Galdós, que ha dejado su tarjeta en la portería. ¡Nadie más...! Ningún diputado, ningún prohombre... Sólo algunos liberales...

¡.....!

Consuélese Sol y Ortega. Su entierro ha estado muy concurrido.

Acompañarle en aquella ocasión, tenía sus riesgos: era acto de valor y de lealtad. Acompañarle al cementerio, no tiene peligro alguno: es acto de *sport* y de salnete.

Descanse en paz el coloso del valor cívico.

Todos cuantos estrecharon su mano dicen hoy orgullosos:

—Fui su amigo.

S. PEY ORDEIX

## Del civismo y otras frioleras

Hay palabras de alto valor en el comercio de las ideas y de los hechos; pero que de puro traídas y llevadas en los tópicos más usuales, llegan a quedarse como las

monedas desgastadas y roñosas: sin cuño ni significado.

Una de esas palabras, valiosísimas cuando la Historia las sacó del troquel de los grandes ejemplos, es la de *civismo*. Palabra que condensa todos los deberes y todos los derechos del ciudadano, puestos en acción eficaz y generosa; pero que en el lenguaje corriente y corriente se ha quedado lo mismo que otras muchas de la más alta estirpe moral, reducidas hoy a la condición de simples rodajas de metal, buenas a lo sumo para engañar de lejos a los páparos y para revestir con un poco de relumbrón la hueca palabrería.

El *civismo*, como el heroísmo, el patriotismo, el altruismo, la austeridad, la caridad, la abnegación, el amor a la ciencia, el amor al arte, y tantos otros hermosos vocablos, que ni al precio de la calderilla se toman comunmente—porque no son más que la moneda borrosa, cuando no falsa, del charlatanismo y la adulación—recobran de vez en cuando toda su limpia y fina flor de cuño, todo su valor intrínseco, toda su estimación constante y sonante en la más noble acepción de estos prosaicos términos.

¿Cuándo ocurre eso?

Cuando algún hombre excepcional, probo, sincero y denouado, entrega aquellos manoseados y desacreditados conceptos, a la atención de sus contemporáneos y conterráneos, no con gárgula pretensión, ni con violento alarde, ni en busca del tanto por ciento que es fácil sacar de las más aparentes hazañas morales, sino lisa y llanamente en la pura y valerosa forma del ejemplo.

Del ejemplo real y efectivo, evidente y terminante, siquier tan arriesgado y peligroso en muchos lances y trances de la vida pública como los repetidos ejemplos de civismo, prescindiendo gallardamente de partidos, sectas, respetos humanos y mentiras convencionales, que dió a sus pazguatos y desdichados conciudadanos un Catón Censorino de nuestros días y de nuestras gentes; pero sin austeridad afectada, ni postura teatral, ni puritanismo de ópera y mogollón. ¡Están, por eso mismo, tan desacreditados todos los Catones!...

Seanle leves a Don Juan Sol y Ortega, excelso y ejemplar profesor de civismo, sus modestos boots de á cuarenta céntimos, sus humildes cigarros de á veinte, y su irónico desdén para toda clase de farándulas aparatosas y sospechosas; mientras su nombre esclarecido se fortalece en la memoria de las gentes (en el entendimiento y en la voluntad no hay de qué) con la evocación de su honrado y tenaz «Yo acuso.» Lo dijo muchas más veces que Emilio Zola: con más peligro en muchos momentos... y siempre ¡oh soñolienta España! con menos resultados para la santa causa del Derecho, que conocen muy pocos, y del deber, que solamente cumplen los pobres.

Ampliando un epitafio célebre, Sol y Ortega pudiera haber mandado poner en el suyo: «*Vesitatem colui. Justitiam amavi. Civis hispanus tui.*»

¡El civismo!... Todos los llevamos en los labios ó en la pluma. En el corazón y en los actos desinteresados, ¿quién?

A estas horas, piadosamente pensando, el espíritu de Sol y Ortega se habrá confundido «in sinu Dei» con el espíritu de Costa, altísimo maestro y poeta del civismo; el cual Joaquín, tan español como aragonés, habrá dicho al referido Juan, tan catalán como español:

—¡Hola! Conque ¿también usted se ha cansado de bregar con aquellos zascandiles y aquellas ovejuelas?...

MARIANO DE CAVIA

## PRENSA DE MADRID

### Don Juan Sol y Ortega

Eran y son tan íntimos é intensos los fraternales afectos que nos unían a Juan Sol; éramos tan amigos, tan hermanos y había aquí para él como una segunda familia, en la que, los más, por su juventud le daban el nombre y le otorgaban los honores de la paternidad; de tal suerte Juan Sol era todo nuestro, y nosotros tan de Juan Sol, que apenas si podemos asociarnos al duelo político, al duelo nacional que ocasiona su muerte. Muchas lágrimas acuden a los ojos, muchos ayes a los labios y en este dolor de carácter privado apenas hay espacio para aquella contemplación serena, aunque dolorida, de una catástrofe que afecta a la nación entera.

Porque, sin saberlo él, sospechándolo nosotros, era D. Juan Sol y Ortega el hombre representativo y de más alto relieve de la actual generación. Por eso no exageramos á impulsos del dolor, al afirmar que España se asocia á este duelo, le hace suyo, arrebatando á un partido el derecho al llanto y al luto y a los homenajes que la piedad consagra al infatigable.

Esta emoción nacional, que en las primeras horas de la pérdida sufrida, se dilata más allá de los límites de una parcialidad política, revela el valor moral del hombre vencido por la muerte y victorioso en los póstumos elogios de la inmortalidad.

Y también demuestra que cometen grave injusticia con los hombres y las masas de nuestro tiempo los que creen en la abyección de las muchedumbres, sólo sensibles a las frases sonoras, a los actos aparatosos y que dejan morir en el olvido a los grandes caracteres, a los patriotas acendrados, a los que llevan en el cerebro ideas redentoras y en el corazón entrañable amor a la humanidad.

No, no ha sido ingrata España con el hombre insigne que lloramos. Le siguió en vida, le llora en muerte y quedará su memoria en el panteón indestructible de aquellos espíritus selectos que no hicieron derramar una lágrima más que en la hora de la muerte.

Porque Juan Sol y Ortega jamás tuvo enemigos personales. Defendió bravamente la justicia y el derecho, y en es-



tos combates, si alguna vez un hombre se le puso delante, como perfecto caballero, pudo herirle y dar con él en tierra, pasando delante sin ultrajar al caído ni volver desahogado sobre las censuras recibidas.

Todas las clases sociales se asocian a esta pena, porque para todas laboró en cuarenta años de política. Hasta pudiéramos asegurar que en todos los partidos palpitan muchos corazones al recuerdo del hombre que pudo ser adversario de un momento, pero que no se ensañó en el triunfo ni buscó represalias en la derrota.

Juan Sol no tuvo más enemigos que la mentira, la injusticia y la violencia. Desde muy joven amó con apasionado afán todo lo que era justo y humanitario. Desde su defensa de un reo de muerte hasta su alegato por lo que entendió un atropello de los Tribunales de justicia, su vida está llena de actos magnánimos, en los que puso siempre al servicio de causas honestas una grande, incomparable elocuencia, que hacía pensar al auditorio que aquel espíritu era la verdad y la razón hecha carne.

Y nunca pensó en que su patrocinado perteneciese a éste o al otro partido. Era un hombre que sufría persecuciones por la justicia, y allí estaba él, el hombre de bien, perito en el decir, dispuesto a agotar en la defensa todos los recursos de su laboriosidad, su talento y su palabra.

Momentos hubo de su vida culminantes en la historia contemporánea. Su primer acto importante en el partido fue un acto de valor casi temerario.

En una Asamblea republicana progresista, la mayoría revolucionaria y afecta a D. Manuel Ruiz Zorrilla se encontró un día acorralada, descompuesta, aunque no convencida, por un magno, admirable discurso de D. Nicolás Salmerón, que levantó la bandera de la evolución en frente de la revolución.

Significaba aquel acto una agresión formidable contra el jefe revolucionario, emigrado de París, una honda disidencia en el partido, un abandono del procedimiento que aún sigue siendo el único capaz de instaurar la República.

Oradores elocuentes había en aquella mayoría progresista. Todos callaban reflexivos o atemorizados. El gran discurso de Salmerón iba a quedar incontestado y el partido disuelto.

Entonces, en medio del silencio y de la Asamblea, se oyó un «¡pido la palabra!» de voz varonil y de acento catalán, y un brioso joven, de gallarda apostura, de perfil heroico que recordaba a Prim y a Roger de Flor, empezó a hablar, dominando en seguida a su auditorio.

Cuando Sol terminó su discurso, la mayoría, radiante y electrizada, pudo ver cómo el invencible Salmerón se limitaba a breves palabras de despedida y de disidencia, declarándose vencido por primera vez en su gloriosa vida de orador.

Si Sol entonces no hubiese pronunciado aquel discurso, la protesta revolucionaria habría terminado aquel día, hace

muchos años, y hoy la monarquía estaría entregada al predominio de los reaccionarios y los clericales.

En otra ocasión, en plena Semana Trágica de Barcelona, se esparció oficialmente la especie calumniosa de que se trataba de un movimiento de Cataluña contra España. El único republicano de altura que dió entonces señales de vida fue Juan Sol. Vino a Madrid, y en una conferencia, publicada en *El País*, restableció la verdad de los hechos, defendió a los catalanes como patriotas y se atrajo el odio de los gobernantes.

¿Quién no recuerda su intervención en el Senado, aquellos discursos que acabaron con el proyecto de administración local y aquel reto de Maura, recogido por Sol bravamente, y aquella manifestación sin precedentes, que despertó a la opinión dormida, agrupó a los republicanos dispersos y determinó la caída del Gobierno conservador?

De tarde en tarde ostentaba Sol esas energías. No era un guerrerillo que a diario sale al campo y dispara su fusil. Era un general en jefe que acerca sus armas y no da más batallas que aquellas en que su Patria y su ideal pueden salir triunfantes.

Se le tachó alguna vez de lento en la acción, de parco en el empleo de los tesoros de su palabra. Injusticia notoria. No hubo minuto de la vida de Sol en que no pensase en los problemas nacionales o de partido. Cuando su intervención era necesaria, salía a la palestra, dispuesto a aceptar el reto de todos los enemigos. No se prodigaba muchas veces, temeroso de producir más daño que provecho a la causa que defendía. Dotado de extraordinarias facultades de orador, jamás se afanó por ostentarlas fuera de sazón oportuna. Se ponía en todo al servicio, no de su vanidad, sino de su Patria. Esto es precisamente lo que distingue del vulgo a los grandes hombres.

..

No falta quien no se explique claramente la razón de la inmensa popularidad de Sol y Ortega. No era uno de esos tribunos de la plebe, detonantes y pintorescos que por su figura, su voz, sus metáforas y sus actitudes seduce a los auditores y arrastra a las masas.

Tampoco era un revolucionario de todas las horas ni un conspirador noctámbulo, metido en conciliábulos misteriosos cívico militares.

Ni prometía a las muchedumbres creóculas el Paraíso en la tierra ni las hurles en el cielo.

Ni era un rebelde perpetuamente en pugna con las leyes y con el principio de autoridad.

Todo lo contrario: sobrio y moderado de palabra, esclavo de la lógica más que de la retórica, revolucionario sólo por necesidad y por respeto y amor al derecho conculcado, gubernamental hasta dentro de los más atrevidos avances de la reforma, como orador de estilo, si en el fondo ardiente frío en la forma, ro-

busto más que elegante, no a la manera verbosa y coloreada de Cicerón ni Castellar, sino entrecruzado de músculos de acero como una Filípica de Demóstenes o una estatua de Rodin.

Hombre así no era ciertamente el llamado a entusiasmar, conmover y arrebatarse a las muchedumbres con facilidad sugestionables, ni el designado por la voluntad del pueblo para jefaturas de pelea. ¿Por qué, sin embargo, tenían puesta en Sol y Ortega su confianza, no ya el pueblo republicano, sino muchos monárquicos, las clases neutras, el Ejército, la Marina, hasta no pocos elementos de la clerecía, de la plutocracia y del socialismo obrero?

Porque Sol era, no un astro que llegaba a su ocaso, como Ruiz Zorrilla, Salmerón, Pi y Margall, sino una luz que apuntaba en el Oriente; en una palabra: una esperanza.

De aquí el dolor general que produce su muerte. Cuando un hombre es una esperanza, que muere sin haber cumplido su destino, así tenga ochenta años, produce el efecto de la muerte de un joven, y desgarrar cruelmente las maternas entrañas sociales.

Y más cuando son tan escasos los hombres en quienes podamos fundar esperanzas de regeneración, de libertad, de progreso y de gobierno.

Podrán existir esos hombres; no lo negamos, pero no los vemos. Y sobre todo, no los ve el pueblo español, el Argos de millones de ojos que escrutan el horizonte y miran ávidos el porvenir, sin más que la noche trágica que avanza inexorable.

Era Sol una esperanza, no ya para la causa republicana, sino para la causa nacional. Los agoreros de desdichas, que vamos siendo legión, velamos elevarse sobre el montón de escombros de la próxima catástrofe la figura redentora de Sol y Ortega. Desconocía él mismo su fuerza y su prestigio. En sus horas de desaliento desesperaba de todo y de todos, hasta de sí propio, y reía sarcásticamente, con la risa de un Dios incrédulo, que perdió la fe en su divinidad...

R. GINARD

*El País.*

## Sol y Ortega,

MAESTRO DE CATALANES

I

Nuestra pluma vacilante, escribe empujada por la virtud de los recuerdos. Sol y Ortega ha muerto... Ha muerto cuando el partido republicano reclamaba con energía su intervención en la lucha.

Cataluña, tierra en donde vió la luz primera el ilustre repúblico, fué ingrata con él. ¿Por qué negarlo? Yo, catalán, lo confieso sin arrepentirme, sin sentir la más mínima coacción.

Sol y Ortega había hecho por Cataluña heroicidades. Fué para los republicanos catalanes un padre amante, un maestro rico en optimismos que les auxiliaba con vigor ascético a subir la cuesta que conduce a la victoria. Y, sin embargo, políticamente



no había recibido Sol y Ortega de los catalanes en general el tributo de amor que merecía.

La sinceridad aleja á los hombres públicos de las grandes masas contaminadas de practicismo.

Esto lo explica todo. Sol era uno de los políticos más sinceros de la España contemporánea.

## II

Solidaridad catalana... He aquí uno de los problemas que más preocuparon al señor Sol y Ortega. Le preocupó por lo que tenía de defectuoso. Sol veía en la Solidaridad la muerte de los grandes ideales del republicanismo catalán. Y anunció sus sospechas.

Pero aquellos solidarios, mártires algunos de sus entusiasmos, y perseguidores, otros, de vanos egoísmos, soñaron una carajada de burla. Y creyeron que con un gesto nada más podía relegarse al olvido á un hombre del cuño del Sr. Sol y Ortega.

No fué así por fortuna. Cayó la Solidaridad, siempre combatida por nuestro maestro, y Sol y Ortega se alzó triunfante sobre la multitud...

## III

¶ Pero el amor de Sol á Cataluña era inmenso. Porque él sabía perfectamente que aquellas antipatías, puramente políticas, puramente hijas de la ambición, de las añagazas del catolicismo, no las tenía en otras esferas. Y buena prueba de ello es que cuando el ilustre republicano alzó su voz en defensa de los gremios, Barcelona entera, la Barcelona liberal y democrata, se agrupó á su alrededor en una de esas manifestaciones que representan la consolidación definitiva de una fama política y social.

Y, aparte de esto, Sol era en Cataluña uno de los políticos más populares. Muchos que, políticamente, le tenían inquina porque no satisfacía sus ansias de exclusivismo, al pasar, le saludaban con entusiasmo y le abrazaban con efusión.

## IV

Sol y Ortega, encargado de la dirección del partido radical por ausencia forzosa de Lerroux, hubiese podido erigirse en jefe del partido, que, bajo su norma, no hubiese sido exclusivamente radical: hubiera sido francamente republicano. Pero no quiso. Sol era, ante todo, un caballero.

¡Lástima que muchos de estos grandes sacrificios se hayan olvidado por aquellos que con mayor respeto debieran recordarlos!

## V

Sol tenía dos casas en Barcelona: la suya de la Rambla de Cataluña y el café Suizo.

En este café reunía á su tertulia favorita: republicanos de buena fe, hombres de criterio despejado que, sin hacer análisis molestos de nada ni de nadie, hablaban de cosas peregrinas...

Sol y Ortega atravesaba las Ramblas ya muy entrada la madrugada. Era un hombre fuerte. No tenía miedo á las enfermedades. Decía siempre: «Yo no me moriré. Se habrá inventado algo para no morirse cuando me toque el turno...»

## VI

Alguien dudó sin razón del anticlericalismo de Sol y Ortega. Estas dudas fueron una farsa. Sol ha sido el primer anticlerical de España.

Contaba el insigne abogado en Barcelo-

na con una clientela admirable. Al definir su criterio religioso, ruidosamente, algunos clientes se alejaron de él. Después de los sucesos de Julio perdió casi totalmente su clientela.

Sol, sin embargo, no hizo caso de esto. Continuó laborando para el mañana.

## VII

Sol, en fin, ha sido el maestro de los republicanos españoles, y principalmente de los catalanes.

Se ha dudado en Barcelona de la moralidad de todos los jefes republicanos que allí han actuado; de todos, menos de Sol y Ortega.

Fué, pues, Sol, maestro de moralidad de los republicanos catalanes.

## VIII

Maura y Lacierva llamaron incendiario á Sol y Ortega y estuvieron á punto de condenarle á muerte.

Sin embargo, Sol no se había vengado de ellos todavía.

Era de esos hombres que se sientan en la puerta de su casa para ver pasar el cadáver de su enemigo.

¿Vió pasar Sol el cadáver de Maura y Lacierva?

Sí; los vió pasar. Por esto no se ocupaba de ellos.

## IX

Sol y Ortega ha muerto pobre.

No cabe duda: era un republicano de verdad.

## X

Nos recibía siempre, en Barcelona, en el ancho sillón de cuero de su despacho. Con los ojos entornados y el habano despidiendo espirales fantásticas, nos recomendaba paciencia.

—Son ustedes muy vehementes. Todo se andará. Yo soy de los que no se apuran.

—Pero, D. Juan, es que los republicanos no se entienden, es que se hace una campaña injusta contra la Unión...

—Paciencia... No apurarse.

—Y usted no se decide á...

—¡De ninguna manera! Cuando haya ocasión obraré con energía. Hoy, sería perder el tiempo.

Indudablemente, Sol aprovechó todas las oportunidades para dar rienda suelta á su fe republicana.

Y se le acusó de indolente porque no estaba siempre en acción. ¡Qué insensatez!

## XI

¿No os acordáis, amigos del ilustre maestro, de un famoso chaleco que éste llevaba, últimamente, con frecuencia, un chaleco bordado en colores que usaba con especial negligencia y buen humor?

—Este chaleco—nos dijo—es un amuleto. Cuando lo llevo puesto, todo me sale bien; me lo quito y... tengo que ponerme lo en seguida.

¡Lástima que el chaleco fuese de invierno!

No debió quitárselo nunca.

## XII

Se habló de una amistad estrecha que sostenía Sol y Ortega con el conde de Romanones, de una amistad que muchos convertían en tendenciosa.

Ayer se ha demostrado lo contrario. Romanones, en su larga conversación con los periodistas, no les dijo una palabra de la muerte de Sol y Ortega.

## XIII

Sol y Ortega odió siempre el catalanismo. Catalanismo era para él obstrucción, exclusivismo, miseria moral...

Cuando se fundó el partido nacionalista en Cataluña, algunos representantes del mismo visitaron al Sr. Sol para hacerle proposiciones contemporalizadoras.

—¡Nunca!—contestó Sol—. Yo no he de dejar de ser español. El nacionalismo es un partido incomprensible, destructor de ideales y enemigo de España. Además, no es un partido republicano.

¡Virtud solemne la de este catalán que, viviendo siempre entre las cosas de Cataluña, compenetrado espiritualmente con esta región fecunda para el arte, para la literatura y para la política, pero infestada de separatismo por la acción nefasta de algunos impotentes, supo mantenerse íntegramente español, íntegramente republicano, con la mirada fija en un porvenir de triunfos, rechazando con soberbio y noble desdén toda innovación que alterase el modo de ser de las ideas republicanas!

## XIV

Sol y Ortega ha sido el republicano español más francamente enemigo del partido conservador.

Al combatirle, no anduvo con subterfugios filosóficos, ni con floreos de orador romántico. Fué derecho al corazón.

ARTURO MORI

*El País.*

## El Liberal

«No tenemos hoy tiempo para hablar de lo que valía Sol y Ortega y de la pérdida inmensa que con su muerte experimenta, no sólo la República, sino España.

De sus triunfos en el Parlamento y en el foro nadie se olvidará en muchísimo tiempo. Era un dialéctico incontrastable, un fiscal terrible, un ciudadano ejemplar y un hombre cuya honradez inspiraba á amigos y adversarios hondo respeto y confianza absoluta.

Nadie sino él pudo aquí, en la célebre manifestación contra Maura, llevarse detrás á un centenar de miles de personas.

Con un poco más de ambición y un poco menos de escepticismo, Sol y Ortega hubiera caudillado todas las fuerzas republicanas y las hubiera tal vez conducido al triunfo.

Por lo que le admirábamos y queríamos, como democratas y como ciudadanos amantes de la patria, su muerte, relativamente temprana, nos causa amarguísima pena.»

## El Radical

«Es un gran repúblico el que ha desaparecido.

No tenemos tiempo hoy, ni la impresión que nos causa la dolorosa noticia nos permite extendernos en consideraciones. Lo haremos mañana.

¶ Hay, sin embargo, en la gran figura republicana que acabamos de perder, aspectos verdaderamente culminantes, que acusan su recta personalidad.

A su nombre van unidas campañas de gran resonancia y de trascendencia suma en la política española. También evoca el nombre de Sol y Ortega grandes explosiones del entusiasmo popular.

La campaña en el Senado, apellidada de la moralidad, en que fustigó con su formidable dialéctica al partido conservador. La manifestación formidable del pueblo de Madrid fué consecuencia de aquella campaña.

Las campañas contra Solidaridad catalana, aquel conglomerado de apetitos bas-



tardos y odios africanos, campaña en la que fué colaborador decidido, de inestimable valor, de nuestro ilustre jefe.

Y antes de estas campañas, aquella otra en pro de Cataluña, que le valió uno de los recibimientos más entusiastas que el pueblo barcelonés ha dedicado á los prohombres políticos.

Hoy, Sol y Ortega, en el partido de Unión Republicana, era la figura sobre saliente y una de las más relevantes de la política española.

Ha muerto el ilustre repúblico, y la Patria ha perdido un esclarecido ciudadano; la República, un paladín meritorio.

### *España Nueva*

«Hoy, ante el cadáver de Sol y Ortega, tenemos una lágrima de dolor y un respetuoso saludo. Ha muerto un luchador, caudillo de las masas, ídolo de un pueblo que le aclamó en muchas ocasiones. Ha muerto, sobre todo, un buen republicano lleno de honradez, tenaz en sus creencias, firme en el amor á sus ideales. En estos tiempos de apóstatas y de traidores, en que los más feroces revolucionarios acuden al festín monárquico para recoger las migajas, la desaparición de un correligionario leal es una gran desgracia, que todos los que amamos sinceramente á la República hemos de llorar con verdadera pena.

Raz á los restos del insigne hombre público y gloria eterna á su memoria ilustre. Nosotros no hallamos otras palabras para rendir al muerto nuestro tributo de cariño y de admiración. Pero sepase que en cuantos homenajes se le dediquen pedimos un puesto, aunque sea el más humilde, para demostrar cuánto es nuestro dolor ante la pérdida irreparable que sufre el partido en que militamos.»

### *España Libre*

«Sol y Ortega era una gran figura: desde muy niño logró destacarse de la masa republicana, y más tarde supo convertirse en jefe, en maestro, en guía del partido al que consagró toda su clarísima inteligencia y todas sus grandes energías.

Firmemente convencido de que la República es la única forma de gobierno compatible con la verdadera democracia y con los anhelos del pueblo, Sol y Ortega era un ciudadano fervientísimo, en cuyo espíritu jamás penetró el desaliento, y mucho menos la tibieza.»

«En nuestra mente permanece viva la impresión que produjo su famoso discurso á raíz de la pérdida de las Colonias sobre el cual quedó asentada desde entonces toda su gran reputación de parlamentario batallador.

Incorruptible en sus ideas, siempre militó en el campo republicano, manteniendo siempre su personalidad independiente en lo de acatar jefaturas, lo mismo cuando ingresó en el posibilismo que cuando formó parte de la Unión republicana.

Siempre fué acérrimo defensor de esta unión, que podía haberse convertido con el tiempo en una fuerza incontrastable, y hasta puede llamarse su único mantenedor, contribuyendo á mantener entre sus correligionarios un platónico fuego, que acaso se extinga rápidamente con la muerte del ilustre repúblico.

Indudablemente fué un hombre de fe, un hombre gufa, y para gloria suya y ejemplo de otros, hoy el pueblo lamenta su pérdida como la de una figura excelsa y respetable, que daba honor á España.

Nosotros la lloramos de todo corazón.

Venerábamos á Sol y Ortega porque en él veíamos retratadas todas las virtudes y todas las abnegaciones.

Pobrememente vivía, pero con una altivez y una independencia que admiraban.

Jamás inclinó su cerviz delante de un poderoso ó de un influente. Romántico hasta para el sufrimiento, lo soportaba como algo fatal en la vida, á lo que nada se podía oponer.

No fué jamás disidente en las ideas, lo fué únicamente de los hombres, porque veía que la mayoría no sustentaban con fe sus convicciones. Prefería ser un ilustre solitario á ser un populachero ó un mangoneador de partido.

Era Sol y Ortega un aliento, una esperanza, y más que eso, una garantía del verdadero partido republicano.

Con él perdemos todos. En nuestro corazón debe vivificar su recuerdo. Y sus doctrinas deben conservarse perennes en nuestro cerebro.»

### *La Bandera Federal*

El republicanismo español está de luto. Con la muerte de Sol y Ortega, ilustre y nunca bastante llorado repúblico, ha desaparecido una historia íntegra, honrada, libre y sincera.

En los sesenta y dos años que vivió Sol y Ortega vibran siempre estas dos virtudes: honradez y sinceridad. Fueron muchos los hechos salientes de su vida; fueron muchos también sus momentos gloriosos, por centenares pueden contarse sus discursos briosos, llenos de sinceridad y de entusiasmo, impecables de dicción, amplios de concepto, aplastantes de lógica.

En la gran figura republicana que acabamos de perder hay aspectos verdaderamente culminantes que acusan su recta personalidad.

En la actualidad, la figura de Sol y Ortega, una de las más relevantes de la política española, mantenía con sus prestigios los ideales del partido de Unión republicana.

Con la muerte de Sol y Ortega pierde la Patria un esclarecido ciudadano, y la República un esforzado y meritorio paladín.»

### *El Socialista*

«La pérdida del ilustre diputado repercutirá indudablemente en el republicanismo español, y en particular en la Unión republicana, de la que era el más elocuente vocero.

Los apremios con que nos vemos precisados á trazar estas líneas nos impiden hacer una biografía del finado. Baste decir que su historia está íntimamente unida á los hechos más salientes del partido republicano español.

En el Parlamento ha hecho notables campañas que han tenido gran resonancia en toda la nación.

Su labor en el Senado contra el proyecto de ley del terrorismo y contra Maura en la última situación conservadora fué verdaderamente formidable.»

### *El Imparcial*

«Era un hombre formado por sí mismo; nació en Reus de una modesta familia; robando en su adolescencia al descanso las horas que le dejaban libre los trabajos de modestísimo empleado, estudió la carrera de abogado, en que había de bri-

llar como una de las más sólidas ilustraciones españolas.

Su historia política, que empezó casi simultáneamente con su historia forense y que en lo gloriosa y lo diáfana corrió siempre paralela á ella, es la del republicanismo español del medio siglo último. En lo antiguo, bien conocidas son la adhesión y la amistad que unió á Sol y Ruiz Zorrilla; en lo reciente, en lo de ayer y hoy, todos sabemos cómo el insigne hombre que acaba de morir alumbró con la llama de su talento y de su patriotismo los más negros y hondos problemas nacionales; cómo fulminó su anatema de español fuerte, español recio, español antes que hombre de partido, contra la política que nos había llevado al desastre colonial y luego contra la política que podía llevarnos hasta á un desastre nacional, más íntimo y más grande, fomentando el equivoco movimiento de la Solidaridad catalana...

Dentro de su partido, defensor obstinado, en los últimos años, de la Unión republicana, y quizás su único mantenedor significado cuando ha muerto, Sol y Ortega ha contribuido á mantener entre sus correligionarios españoles un platónico fuego que acaso desde ahora se irá extinguendo más rápidamente. Era un hombre de fe, un hombre gufa; dentro del régimen monárquico de su país, con su austeridad, con su cerebro, con su voluntad y su cultura, se le lloraría ahora como á uno de los grandes gobernantes conductores de pueblos.

De todos modos, para gloria suya y ejemplo de todos, se lamenta su pérdida como la de una excelsa figura honor de España.»

### *La Correspondencia de España*

«Tuvo, sobre todas las inclinaciones de su vida, dos grandes vocaciones, que absorbieron ésta por completo. Las dos le hicieron brillar en campos que ni son opuestos ni incompatibles en lo más mínimo cuando se está, como lo estuvo siempre Sol y Ortega, enfrente y no dentro de los negocios públicos: el ejercicio de la abogacía y el cultivo incesante de la política.

Triunfos envidiables alcanzó en el foro, que le constituyeron en abogado de primera nota. No fueron menores los que llegó á alcanzar en el Parlamento con su dialéctica contundente, admirada por muchos y temida por no pocos. A veces el eco de su voz sin apagarse en los ámbitos parlamentarios, repasádoslos, extendióse por la vía pública, haciendo congregarse á la multitud en torno de la figura del tribuno para robustecer sus protestas ó sus acusaciones.

Figuró siempre el Sr. Sol y Ortega en las filas republicanas. Muchas veces trabajó en pro de la Unión republicana, cuando con éxito, cuando sin él. Pero su especial temperamento, del que era hijo una gran independencia, hizo que por lo regular se quedara en posición equidistante de los más de sus correligionarios y él solo se bastaba para constituir una minoría dentro de la propia minoría republicana.

Hombre de talento clarísimo y de una imponderable entereza de carácter, tuvo en muchas ocasiones el acierto de constituirse en paladín de lo justo.

Se le respetaba, se le quería, aun por aquellos que más lejos estaban de profesar sus ideas.

Ese mismo respeto, ese mismo cariño,



le acompañarán hasta la tumba y tendrán prolongación en una memoria duradera.»

### Heraldo de Madrid

«Aún nos parece ver aquella silueta inconfundible, donde un cuerpo vulgar sostenía una cabeza noble, magnífica de altivez. Todo el patriarcalismo y la «bonhomie» de aquel hombre, que, con las manos en los bolsillos del pantalón y un puro en la boca parecía encarnar la sencillez y la modestia del progresismo histórico, borrábase de pronto al contemplar la arrogancia de aquella cabeza, echada atrás como un reto inacabable, y la sagacidad de aquellos ojos, penetrantes y escrutadores como los de un fiscal.

Y esto fué Sol y Ortega cerebral, espiritual política y socialmente: un fiscal de propios y extraños. La gran masa republicana amaba en Sol y Ortega la familiaridad republicana conque el insigne orador presidía un mitin del partido, y luego la soberbia republicana, la magnificencia republicana, de senador romano ó de tribuno de la Convención, con que se erguía en el Congreso, á raíz del desastre, para decir aquella insuperable acusación que honra las Cortes de 1899 y tiene lugar de honor en su antología, ó cuando, en 1910, en plena era autoritaria y terrorista, se alzaba frente al banco azul del Senado y lanzaba á la faz del Sr. Maura, no como un dardo, sino como un rayo, la frase: «En ese banco no se sienta la moralidad».

Aquella frase levantó en vilo á Madrid y á España. Y fué por ella, por su valentía y su fiereza, por la impecable historia del cerebro que la ideó y de los labios que la pronunciaron, por la emoción que despertó en el país, días antes cobarde hasta el absurdo, despojado de sus derechos de escribir, de hablar, de reunirse; fué por aquella frase, que ha pasado á la historia liberal, por lo que días después caminaban tras Sol y Ortega cien mil personas, la manifestación más grandiosa que ha visto Madrid.»

«La muerte del ilustre repúblico es, por tanto, la pérdida de uno de nuestros más grandes parlamentarios, de los pocos, poquísimos grandes parlamentarios que nos quedan. Es la muerte de uno de nuestros más preclaros jurisconsultos, de los también poquísimos grandes jurisconsultos que nos van quedando. Es la muerte de uno de los varios jefes republicanos, de los varios que, por fortuna para ellos, aunque no tal vez para la República, se disputan la popularidad y adhesión de las masas. Pero ante, y sobre todo, la muerte del ilustre Sol y Ortega es la muerte del viejo romanticismo progresista, del amor desinteresado y abnegado á una causa en derrota, de los antiguos cultos, del republicanismo patriarcal, seacillo y austero, que desdeña los trompetazos del automóvil, la conjunción con fuerzas de otra sangre, todo lo que no sea el solar sin mezcla ni bastardía, todo cuanto no signifique un perfil estoico, con un puro en la boca y una conciencia en paz.»

### La Mañana

«Con D. Juan Sol y Ortega desaparece uno de los prestigios del republicanismo español.

Aunque en estos últimos tiempos sus campañas en favor de la Unión republicana le restaron muchos adeptos y fué tachado de ideológico y sentimentalista por sus correligionarios que militaban en otras

fracciones, no había perdido el Sr. Sol y Ortega nada de aquella fuerza poderosa con que contaba en toda España, igual entre monárquicos que entre republicanos, y que nacía del reconocimiento de su austeridad.

Sol y Ortega fué siempre, dentro del partido, la línea recta. Su honradez política y su patriotismo le hicieron hombre poco asequible á las intrigas y á los manejos de la política de campanario, y menos aún á sucumbir á las ambiciones del partido personal.

Orador elocuentísimo, de irresistible y lógica argumentación, su figura adquirió extraordinario relieve á poco de iniciar su actuación en la política española.

Sus campañas en pro de la moralidad pública son bien recientes. Todos los madrileños recordarán aquella manifestación de cerca de 100.000 ciudadanos que coronó su labor personalísima en la alta Cámara durante las Cortes anteriores.

Cuando la Solidaridad catalana, fué Sol y Ortega el más entusiasta paladín de la idea españolista.»

### Diario Universal

«Lo mismo en la alta Cámara que en el Congreso, siempre que se alzó de su escaño para hacer uso de la palabra alcanzó un triunfo ruidoso por su dialéctica expresiva y contundente, temida por muchos y admirada por todos. El eco de su voz, robustecido por la firmeza de sus argumentaciones, en más de una ocasión salió del Parlamento á la calle é hizo alrededor de la persona de Sol y Ortega se congregase una multitud que, enardecida por sus palabras, aguardaba y daba fuerza á las protestas del tribuno y á sus acusaciones.

Tenía muchos admiradores y partidarios entre todas las clases sociales.

Siempre figuró Sol y Ortega en los partidos republicanos. Pero hombre de una independencia absoluta dentro de su ideal en más de una vez constituyó dentro de las minorías republicanas otra minoría que no por ser exigua dejó de ser temida y respetada.

Su talento enorme y la entereza de su carácter, sin que esta firmeza fuese obstáculo para que siempre se inclinase al lado de la justicia, le granjearon la estimación y el cariño hasta de los mismos que no profesaban sus ideales políticos.»

### El Correo

«La personalidad del Sr. Sol y Ortega se destacaba con gran relieve en la política y en el foro. Empezó militando en el partido republicano al lado de Ruiz Zorrilla, y fué siempre fiel á sus ideales, figurando últimamente en las filas de Unión republicana. Su carácter independiente le llevó á no acatar jefaturas y le ocasionó algunas contrariedades, costándole en ocasiones el acta.

Sus campañas en el Parlamento obtuvieron gran resonancia, y su oratoria era un formidable ariete por lo lógico de sus razonamientos.»

### El Mundo

«Serio, reflexivo, prudente, Sol y Ortega, republicano, mereció el respeto de todos los monárquicos. Su dialéctica formidable, que le granjeó resonantes victorias en el foro y en el Parlamento, hizo de él en ocasiones el ídolo de la amorfa masa republicana, de la cual, con un poco me

nos de escepticismo, el orador ilustre pudo ser jefe indiscutible. Su respetabilidad integerrima, su sinceridad áspera y fuerte, que le mantenía á prudente distancia de algunos de sus correligionarios, hacían de él una figura culminante. Desaparece en pleno florecimiento mental, en la complejidad de una inteligencia robusta acabada por incesante estudio...

Como no son tantos los hombres verdaderamente ilustres que nos quedan, la desaparición de uno de ellos ha de afectar á todos los españoles. ¿Qué importan las diferencias políticas, los rótulos de bandería cuando se trata de una personalidad grande, fuerte, con fulguraciones generales? Sol y Ortega, bondadoso, cultísimo, elocuente, no deja enemigos ni aun entre aquellos sobre quienes cayó la maza de su terrible dialéctica.

En la historia de nuestras Cortes, de foro y la política españolas, su nombre figurará siempre con luz propia. Y á medida que el tiempo pase, y se haga más visible el Crepúsculo de los Enanos, en que poco á poco se entra, la figura del gran parlamentario adquirirá relieve más vigoroso. Para *El Mundo*, que no niega á nadie los tributos de la sinceridad, constituye la muerte de Sol y Ortega profundo sentimiento de pena.»

### ABC

«Sol y Ortega era una de las personalidades más salientes de la extrema izquierda española. Orador de extraordinario brio, polemista formidable, contundente y duro, fué uno de los enemigos más temibles que ha tenido el régimen en estos últimos años. Viva está aún la impresión que produjo su famoso discurso á raíz de la pérdida de las colonias y sobre el cual quedó asentada, por decirlo así, desde entonces toda su reputación de parlamentario batallador.

Consecuente con sus ideales, militó siempre en el campo de la República, aunque siempre también con personalidad independiente, y hasta cierto punto autónoma, en lo que se refiere al acatamiento de jefaturas, lo mismo cuando ingresó en el partido posibilista, que cuando formó entre las filas de la Unión Republicana.

Esta independencia, de la que se complacía en hacer alarde á todas horas, le granjeó en muchas ocasiones contrariedades y disgustos; pero contribuyó al mismo tiempo á dar mayor relieve á su figura.

La muerte de Sol y Ortega representa en las actuales circunstancias, para el partido republicano, una pérdida muy sensible.»

### El Globo

«Sol y Ortega era una de las personalidades más salientes de la extrema izquierda española. Orador de extraordinario brio, polemista formidable, contundente y duro, fué uno de los enemigos más temibles que ha tenido el régimen en estos últimos años. Viva está aún la impresión que produjo su famoso discurso á raíz de la pérdida de las Colonias y sobre el cual quedó asentada, por decirlo así desde entonces, toda su reputación de parlamentario batallador.

Descanse en paz el insigne patriota, cuya muerte significa no sólo para la República, sino para España, una pérdida enorme.»



## El Ejército Español

«Era el Sr. Sol y Ortega una de las personalidades más salientes del republicanismo español. Inquieto, mal dispuesto á dejarse mandar ni gobernar por los que creía que valían menos que él, fué siempre un disidente; y, sin embargo, por una de esas paradojas de que son tan pródigos nuestros políticos, habíase hecho el paladín de la Unión republicana que, por fuerza, había de reconocer un jefe y someter á su iniciativa todas las decisiones.

A pesar de su aislamiento, que alguna vez le cerró el paso al Parlamento, habiendo de facilitárselo la lealtad de un adversario político, Sol y Ortega era temible por su talento, nada común, por su oratoria formidable, por su honradez y su integridad probadas. Los mismos que le combatían—y en el número de éstos nos contamos nosotros en la esfera de acción en que nos movemos—reconocían esas cualidades suyas, y si rechazaban las ideas y los propósitos, respetaban al hombre y consideraban su fuerza y su valor.

Para nosotros tenía sobre todo en su característica una nota que le hacía simpático, que le lavaba de muchas culpas: el patriotismo. Amaba á España con ardor de hijo cariñoso, y combatió la Solidaridad en cuanto tenía de elemento separatista peligroso para la integridad de España. Al Ejército le guardaba siempre grandes consideraciones, aun dentro de su especial punto de vista. Y en sus campañas parlamentarias, nunca su fogosidad y su apasionamiento salvaron los límites de la corrección y la cortesía.

Si no para los partidos republicanos que le daban de lado y le mantenían alejado desoyendo sus excitaciones á la unión, para la idea republicana la muerte de Sol y Ortega es una pérdida. El régimen no se ha librado, con su muerte, de un enemigo temible, porque hoy no los tiene; pero la oratoria parlamentaria sentirá desde hoy la falta de uno de sus más dignos representantes.»

## La Correspondencia Militar

«Era un contrapuesto, un adversario, pero un noble adversario á quien estimábamos y venerábamos. Su gran entendimiento, su poderosa dialéctica y la entereza de su carácter hacíanlo temible en las luchas políticas; pero la bondad de su corazón, la hidalgía de sus sentimientos, su desinterés y la facilidad con que sacrificaba cualquier estímulo de la ambición á los dictados de la rectitud y del patriotismo le conquistaban la simpatía de todos y lo circundaban de una aureola de afectuoso respeto.

Es verdad que alguna vez fué apasionado é injusto, como en sus críticas al ejército durante su campaña parlamentaria al final de las guerras coloniales, pero no lo hizo por mala fe ni por hostilidad á los institutos militares, sino influido por una errónea y obcecada corriente de opinión. Pudo equivocarse alguna vez, y aun muchas veces, pero desdeñó cierto género de socorridos convencionalismos de la política y negó albergue en su alma á concupiscencias que abiertamente pugaban con su honrado espíritu.

Con la muerte de Sol y Ortega, el republicanismo ha perdido un fuerte puntal y España un hijo eminente.»

## RECUERDOS

## Sol y Ortega

Fué abogado, orador, político, hombre bueno, gobernante y austero ciudadano. Con ser todo eso en grado eminente, fué, sobre todo eso, un patriota.

Seis años hacía que una derrota electoral le recluyó voluntariamente en su casa.

—¿No volverá usted á la política? —le preguntaban.

—¿Cuando haga falta! —respondía.

Un día los desvarios catalanistas marcaron en Cataluña declarada hostilidad á la unidad nacional y empujaron á la naciente Solidaridad catalana por peligrosos derroteros. Sol y Ortega creyó llegado el momento en que hacía falta, y lanzó á la publicidad una hoja rotulada: *Los enemigos de Cataluña*, anunciando su retorno á la vida pública. La impresión que produjo fué honrosa. La lucha quedó entablada entre la Solidaridad y Sol y Ortega. Sol y Ortega acabó por vencer la Solidaridad.

Frente al movimiento de todo un pueblo, desplegó la bandera de la patria.

Los catalanistas le llamaron «mal catalán».

Sol y Ortega se envanecía de que se lo llamasen.

—¿Cada vez —exclamaba— que de labios catalanistas me oigo tildar de «mal catalán», creo que me dicen «buen español»!

La persecución de los catalanistas tuvo dos bases. Le persiguieron para ganárselo; al no conseguirlo, le persiguieron para aniquilarle.

Para atraerle á su campo, le ofrecían el acta de Barcelona y la jefatura del catalanismo. El «plato de lentejas» habría sido sustancioso para Cataluña. El catalanismo y luego la Solidaridad—salvo el momento de la jefatura de Salmerón—fueron acéfalos.

Si de Sol se ha dicho que por sí mismo equivalía á una minoría numerosa, calcúlese lo que habría sido su actuación al frente de 40 diputados. Pero Sol no vendió la primogenitura...

Se contentó con ser derrotado por el crimen de Hostafranch y aceptar la tribuna senatorial que le ofreció Guadalajara.

Y á Guadalajara se debe el que en el Senado se hayan oído las más formidables é incontestadas acusaciones contra el nacionalismo y los himnos más ardientes que los catalanes cantaran á la unidad nacional.

El separatismo no pudo perdonarle su españolismo, y como el honrado nombre de Sol no era vulnerable, no respetó ni su dolor cuando aún estaban calientes los restos de su santa mujer ni la prosperidad de su despacho de abogado.

Este le producía de 20.000 á 25.000 duros anuales, y no más porque no quería.

Después de la campaña de Solidaridad, decía el insigne letrado con amable é irónica resignación:

—Mi antiguo bufete no es ya ni bufete!...

Y añadía:

—Es inútil. Solo vivo. ¡Con 25 duros mensuales llegaría á cubrir mi presupuesto de patrona y cigarros. Me veré, pues, libre del hambre; pero no se verán libres de mí los enemigos de la patria!

Los más resonantes discursos de Sol y Ortega fueron verdaderas improvisaciones. Recordemos algunos.

Sol fué siempre poco madrugador. Sin hijos, su digna esposa le acompañó en Madrid las temporadas parlamentarias mientras vivió aquélla. Era ella la que junto á la cama, mientras él encendía el primer habano del día, repasaba en voz alta las cartas y la prensa.

Una mañana el correo les trajo un anóni-

mo: era de Barcelona. Contra la opinión de su marido, la señora de Sol lo leyó. Decía: «Usted es como todos, ya se va. Frente á la guerra y las vergüenzas nacionales, se calla. Ese gallo que no canta, algo tiene en la garganta...»

La señora de Sol se quedó perpleja. El sonrió, encogiéndose de hombros.

—Esto no puede ser! —Observó ella.—¿Te van á silbar en Barcelona cuando regresemos!...

El seguía fumando indiferente, pero tan preocupada vió á su esposa, que, incorporándose, exclamó:

—¡Vaya, voy á almorzar, y á la tarde demostraré en el Congreso que este gallo cantaba!...

Aquella tarde, que era de gran expectación política por pleitos entre Gamazo y Sagasta, Sol y Ortega habló.

Su acento regional hizo decir á un diputado:

—¡Si está hablando en catalán!...

Sol se volvió rápido:

—¿Usted me entiende?

—Sí, señor.

—¿Pues qué más da que hable en catalán ó castellano?

El exordio del discurso fué coreado por murmullos, toses, taconeos de impaciencia. ¿Quién era aquel intruso que retrasaba el debate político?

Sol y Ortega continuó impávido. Antes de promediar la oración se había apoderado de la Cámara. Al concluir, se le proclamó uno de los grandes oradores parlamentarios.

Han pasado los años y nadie olvida aquel formidable discurso sobre la guerra de Cuba, que tuvo por origen una carta anónima y las preocupaciones de una dama.

Otra oración parlamentaria célebre fué la que pronunció el día del fusilamiento del capitán Clavijo. Produjo sensación inenarrable. La tarde anterior Sol y Ortega estaba ajeno á tratar el asunto. Antes de ser fusilado Clavijo le visitó el ilustre abogado. Horas después pronunciaba su discurso.

No menos resonancia tuvieron los que años después dijo en el Senado.

Tampoco engendró larga preparación su catilinaria contra el catalanismo.

Almorzaba en el restaurant Inglés aquel día con varios amigos. La conversación giró acerca del debate catalanista.

—¿No va usted á intervenir? —le interrogó alguien.

—Quizás; pero no por ahora —respondió Sol.

—Pues va usted á defraudar á España. Todo el mundo aguarda que usted hable.

—Bueno; pero ¿cuándo?

—Esta tarde mismo.

—Está bien; pues vamos á la Cámara, porque es hora de empezar la sesión.

Después de pronunciar su gran discurso salió á los pasillos á fumar. Los amigos le esperaban para felicitarle.

—¡Ahora rectificará usted!...

—No, no; no hace falta; ya he dicho lo sustancial.

Los amigos obstinábanse en que rectificase. Lograron vencerle y casi le empujaron al salón.

—¡Ya que ustedes se empeñan, remataremos la suerte!

Y, en efecto, la rectificación, por el vigor, la lógica y la elocuencia, fué superior al discurso.

Nadie habrá olvidado su discurso contra Maura. Lo terminó proclamando:

—¡No podéis decir que la ética se sienta en ese banco!

Los conservadores no le perdonaron nunca su áspere y retunda acusación. Ni después de muerto se lo ha perdonado *La Epoca*, según demuestra anoche.

El discurso repercutió fuera del Senado con aquella magna manifestación de cien mil ciudadanos que acudieron á una simple convocatoria de Sol y Ortega.



## EL MOTIN



Fot. ALFONSO

Don Juan Sol y Ortega.



Entonces se creyó que se erigía en jefe del partido republicano.

—Se equivocan—repeta—los que lo suponen. El jefe, que sea Pérez Galdós, y yo, si acaso, seré el Profeta...

En último discurso fué el que pronunció en el debate sobre Ferrer.

La discusión decaía. Los primeros oradores habían agotado la materia elocuentemente.

—¿Pero usted no habla, D. Juan, cuando tan profunda herida le infirieron los conservadores?

D. Juan fumaba y sonreía, bonachón, en los pasillos, y no perdía detalle del debate en calidad de oyente.

Cuando parecía agotada la materia pidió la palabra Sol en medio de expectación vivísima. ¿Sería posible no repetir lo ya escuchado?

Pues Sol y Ortega supo dar á su discurso completa novedad, nuevos aspectos, modulaciones originales, revistiéndolo de una sencillez dramática y una dialéctica que produjo sensación y sorpresa.

—¿Por qué ha esperado usted—le decían—á intervenir tan tarde en el debate?

—¡Verán ustedes!... ¡Yo tengo una pereza invencible! Ese proceso es muy voluminoso; el libro de Simarro, voluminoso también. Creí más fácil escuchar á los oradores, y, sin otro estudio, son ellos los que me han dado el discurso hecho.

Sol era un estoico; no obstante, le ocasionó un vivo dolor que le procesasen por incendiario cuando la Semana Trágica de Barcelona.

Supo la noticia en Cestona, donde observó desde su llegada que los bañistas rehusaban su trato y su saludo.

Pudo hablar sólo con un bañista que ignoraba quién era. Sospechó Sol que le perseguían, y una tarde, paseando, se alejó del hotel. Al bañista aludido entregó las llaves de su equipaje encargando que lo facturase para San Sebastián, y él tomó el tren en una pequeña estación próxima á Cestona. Llegó á San Sebastián, donde le esperaba su íntimo Enrique Alba. Este le hizo saber el rumor de que le buscaban para prenderle. Se apresuró á pasar la frontera.

Por cierto que en Irún el tren estuvo detenido más de media hora sobre el tiempo reglamentario.

Al fin el tren siguió su marcha y Sol pisó tierra francesa.

Luego supo que la detención en Irún obedeció á haberlo reconocido el jefe de Policía, el cual se apresuró á preguntar por telégrafo si detenía al supuesto incendiario.

Sol y Ortega no volvió á saber del bañista de Cestona hasta mucho después, cuando los liberales hicieron las elecciones.

El diputado catalán recibió un telegrama del alcalde de Tenerife diciéndole que él era el bañista de Cestona, y que como satisfacción que le era debida de todos por la injusta persecución conservadora, le enviaba el acta de diputado por Santa Cruz de Tenerife.

Tenerife fué bien correspondida. A Sol se debió principalmente el éxito cuando el problema de la división, y sus electores le proclamaron en las banderas «salvador de Tenerife.»

El elocuente tribuno gustaba de viajar. En cuanto disfrutaba días de vacación marchaba al extranjero, preferentemente á Italia.

Como se extrañasen los amigos de su afición oriente á la vida errante, replicaba:

—Las indigestiones recomiendan los médicos la ouga. Los viajes son el purgante del espíritu...

Sentía por Barcelona una verdadera pasión. Barcelona tuvo para su hijo preclaro caricias y desdenes.

Después de su campaña parlamentaria sobre el concierto económico, la ciudad condal le acogió de un modo delirante. Hizo que el coche que le conducía marchase por el centro de las Ramblas; colgaron los balcones; desde ellos arrojaron lluvia de flores y los vítores se elevaban por la ciudad con clamores de locura.

No se recuerda más que una recepción igual: la que se le dispensó á Prim á su regreso de África.

El año 1901 Sol era derrotado en las elecciones generales.

Años después le hacía triunfar de Solidaridad catalana.

Sol y Ortega era un republicano irreducible pero profundamente gubernamental. Ruiz Zorrilla decía: «Somos revolucionarios frente á la reacción, y conservadores frente á la anarquía.»

Sol era un devoto del orden y de la moralidad. Creía en el advenimiento de la República, pero mostrábase temeroso de que le gase á deshora.

Como su antiguo jefe, repetía una frase á modo de lema: «La República sin orden ni moralidad, no; la amo demasiado para quererla deshonrada.»

Y para dar el ejemplo fué un hombre de austeridad catoniana.

—¿Odia usted á los conservadores?—le interrogaban una vez.

—¡No sé odiar! Ni á los conservadores.

—¿De manera que ha olvidado usted los agravios que le infirieron?

—Fueron muy crueles; pero no he de vengarme. Ya los ven ustedes, prisioneros de sus propias culpas. La justicia se cumple automáticamente...

Otra vez, cuando la derrota de Solidaridad, le decían:

—Si á los que perdieron las colonias les «homenajearon», ¿qué harán con usted al morir, que ha ganado Cataluña para España?

Y Sol contestó donosamente:

—Quien sabe si, como un trotter, tendré que irme al cementerio á pie y sin dinero.

Cuando emprendió su último viaje á Barcelona iba ya muy enfermo. En su perfil aflado y en sus ojos flotaba una nube de tristeza.

Al saludó con aire fatigado á sus amigos al arrancar el tren.

Sus amigos comprendieron que Sol y Ortega emprendía esa vez un viaje demasiado largo...

### El Imparcial

## PRENSA DE PROVINCIAS

### El Popular, de Málaga

Ha muerto precisamente cuando para nuestro partido y para España tan necesarios son hombres del temple de alma de las cualidades morales, de la inteligencia soberana que poseía el señor Sol y Ortega y que le hacían acreedor al inmenso y sólido prestigio que rodeaba su personalidad, diputándole como el hombre, quizá único, en las actuales circunstancias por que atraviesa el republicanismo, capacitado é indiscutible para dar una orientación apropiada, razonable, eficaz y patriótica á la política republicana.

De él se esperaba mucho; en él confiaban todos, y la muerte ha venido, con su rudo y oruel golpe, á desvanecer esas esperanzas, á arrebatar á los republicanos que confiaban en el señor Sol y Ortega, un sabio guía, un generoso y desinteresado consejero, un caudillo que sabía colocar su espíritu y su pensamiento en las alturas del ideal, por encima de las mezquindades y miserias, para decir al pueblo la verdad, y encaminar

á los republicanos por los derroteros de la unión, de la concordia, de la armonía, del respeto mutuo, á fin de que, unificando las fuerzas y el impulso, pudiéramos ir al logro de lo que es la aspiración común: al triunfo de nuestros ideales, mediante la implantación de la República. ¡Cuánto ha trabajado y luchado el señor Sol y Ortega por la unión de los republicanos!... Puede decirse que toda su acción política en el campo republicano, durante estos últimos años, ha sido en favor de esa finalidad. Aún recordamos todos los conceptos viriles, la argumentación incontrovertible, los razonamientos sólidos de sus elocuentísimos discursos en pro de la unión republicana; y cuando con más entusiasmo y patriotismo se hallaba entregado á esta obra de fervorosa propaganda en favor de los ideales; y cuando al mismo tiempo preparaba una labor parlamentaria que había de ser sensacional y digna de su alta personalidad y significación en las Cortes, le postra la enfermedad, las dolencias físicas le apartan de sus trabajos y la muerte, implacable, trunca su vida preciosa cuando más falta hacía para la causa de la República y el porvenir de la patria.

### El Progreso, de Barcelona

No se separó ni un momento de la línea de conducta que se trazara desde los tiempos en que comenzó á hacer política. Fué siempre republicano, sin titubeos, sin vacilaciones; no quiso nunca ser esclavo de la popularidad porque prefirió abandonarse á los requerimientos de su conciencia. Los que le han tildado alguna vez de tibio en sus afecciones republicanas, olvidaban la defensa valiente y razonada que hizo en el Congreso del capitán Clavijo, fusilado por la monarquía. Los que le creyeron incesantemente soberbio, olvidaron el desprecio de que ha hecho gala siempre de las representaciones populares. Los que les supusieron un político adaptado á los convencionalismos del Parlamento, recuerden lo que dijo Sol y Ortega del desastre colonial, reuniendo en su discurso todos los elementos que forman la sentencia de muerte del régimen.

Combatió las immoralidades del régimen y contra todos se puso frente á Maura realizando en Madrid una memorable manifestación pública. Cuando quería, reunía á las multitudes, en torno suyo, lo mismo en Barcelona, que en Madrid, que en Málaga y en Canarias. Ha disfrutado de los lauros populares de toda España y hasta morir ha sido uno de los adalides de la unión de todos los republicanos. ¡Cuán pequeños resultan á su lado los que coquetean con el régimen! Quedan pocos ejemplos de firmeza política.

Pero nosotros recordamos este aspecto general de Sol y Ortega, cuando para llamar á nuestro corazón, sólo basta que le digamos al pueblo radical de Cataluña: Sol y Ortega fué el ariete de la Solidaridad.

Las traiciones de los amigos y la ira encendida de los adversarios, dieron forma á la Solidaridad para acorralar á Lerronn. Fué entonces cuando Sol y Ortega, sin hablar con nuestro jefe, rompió contra la Solidaridad. Resultó un aliado espontáneo, generoso, altruista. Los dardos del enemigo no le hicieron cambiar de actitud, y pasó con nosotros, sin que flaqueara su ánimo, la tormenta provocada por el atentado de Hostafranchs, y al huir Lerronn persiguió por la jauría monárquica, se estrecharon nuestras relaciones, y recibido con júbilo por el pueblo, tomó parte en nuestros mítines, y el y Giner de los Ríos y Emiliano Iglesias se pusieron al frente de las fuerzas antisolidarias, y en Diciembre de 1903 quedó vencida la Solidaridad y Lerronn recibió la noticia, en el corazón de la Argentina, en un mitin que se celebraba en Rosario de Santa Fe.

Sol y Ortega nos recuerda la epopeya antisolidaria, aquella lucha feroz del pueblo contra sus enemigos, las vicisitudes, las horas de derrota, pero también la alegría inmensa de victoria...

Recordándolo frente al cadáver de don Juan Sol es para nosotros un momento de



indecible tristeza. ¡Cómo pagarle lo que hizo por la libertad, por la democracia y por España! ¡Cómo agradecer el altruismo y la generosidad de su alianza!

España ha perdido un gran patriota, la República un adalid incansable y nosotros un amigo inolvidable, un correligionario grande como pocos, henrado como ninguno.»

### Tierra Gallega, de Coruña

«Bien merece Sol y Ortega el tributo de nuestro duelo, en esta triste hora de su muerte! Él era, en los presentes tiempos de dudas, de cobardía, de convencionalismo, uno de los más firmes y seguros baluartes del republicanismo, y a su esfuerzo incansable y a su fe irreducible debe no poco este nuestro partido tan quebrantado en las estériles, infecundas luchas intestinas que entre sí sostienen los llamados a dirigirle y gobernarle.

En este aspecto de su alta personalidad política, Sol y Ortega era algo así como el continuador de las grandes virtudes que practicó en su vida ascética aquel otro gran hombre, el más grande, el más bueno, el más honrado de los republicanos españoles y de los políticos todos, que se llamó Francisco Pi y Suñer.

En estos tiempos últimos de discusión y lucha; cuando más honda y grave era la división entre los grupos que integran al partido, Sol y Ortega fué el único que, apartándose de ellos y renunciando al beneficio de aquella jefatura que sus amigos le ofrecían, se proclamó a sí propio independiente, declarando que no iba, que no iría a ninguna nueva constitución que no tuviera por base la unión íntima, franca y decidida de todas las agrupaciones, para constituir un sólo núcleo cuya fuerza y cuyo número ofreciesen garantías bastantes para poder, en cuatro días, proclamar en España la República.

Pertenecía Sol y Ortega al número, ya escaso, de los que todo lo ponen, fe, fortuna y nombre al servicio de la causa republicana, y a este modo de ser suyo, eminentemente patriótico y honrado, respondía su actitud, lealmente contraria a los procedimientos que siguen las fracciones, más atadas al efecto puramente personal, que al deseo de que triunfe la República.

Bien claro lo dijo él en los mítines últimos celebrados en Castellón, Valencia y otros pueblos: «No creo en nada que no sea la unión de todos bajo el articulado de un programa único.»

Y así ha muerto: creyendo en todo y sin creer en nada; lleno de fe y lleno de dudas; pero firme, seguro, acreditando hasta el momento de morir, que era así como era; un invencible luchador de la idea republicana, que ni a los suyos propios quería someterse, mientras éstos no siguiesen el camino derecho que conduce a la República.»

### La Voz de Guipúzcoa, de S. Sebastián

«Con él desaparece una de las figuras representativas de la política contemporánea. Con él se va también uno de los más acreditados prestigios del republicanismo español. Dispersa y descoyuntada la falange republicana; abatida la autoridad de sus jefes por el furioso vendaval de los personalismos; puestas en entredicho la consecuencia de los resellados y la sinceridad de los que se llaman consecuentes; zarandeados todos por las críticas y los ataques provinciales más de los propios que de los extraños, puede afirmarse que únicamente Sol y Ortega supo salvarse de este triste naufragio de nuestra reputación y nuestra fuerza política.

Porque Sol y Ortega no era de este ó el otro grupo, de este ó el otro personaje. Sol y Ortega nos pertenecía a todos, era jefe de todos, era admirado y querido por todos. No dependía más que de él mismo, lo que equivale a decir que sólo se subordinaba a los ideales, encarnados en su persona. El amor a la República latía en su gran corazón entre el ritmo incesante de los loables sentimientos: la honradez y la dignidad.

La historia de su vida pública es la historia de la lealtad y la pureza. En el mar proceloso de nuestras discordias intestinas, ningún jefe pudo librarse de las murmuraciones, cuando no de las diatribas. A la obra de Sol y Ortega se le habrán puesto reparos en orden al procedimiento, se le habrá creído acertado o desacertado. Pero nadie puso jamás en duda su buena fe, el valor de sus actos y el propósito rectilíneo de todas sus campañas.

¡El valor cívico! Es la virtud que más escasea en este país de relajamiento moral y de cobardía. Acaso Sol y Ortega, tan modesto, era una montaña, entre tantos minúsculos altozanos, por la soberbia magnitud de su civismo. Nadie como él fulminó contra poderes e instituciones tan valientes anatemas. Su campaña a raíz de la guerra del desastre, y la querrela por él entablada y sostenida para acusar de prevaricación a una de las Salas del Tribunal Supremo, son dos coronas que ciñen su frente aureolando de heroísmo. La agitación por él producida en Madrid contra la inmoralidad de los conservadores, y su labor en Barcelona para mantener, en ausencia de Llerenas, la cohesión de las fuerzas radicales, son otras dos ejecutorias brillantes, que consagran la tenacidad de su carácter y el brío de sus entusiasmos.

Sentimos muy hondamente esta desgracia que acaba de experimentar la causa republicana, en que resulta tanto más apenadora, cuanto notoria es la infertilidad de hombres en el campo de la política. Ante el cadáver todavía caliente del ilustre republicano, nuestra veneración se inclina para decirle: ¡Descansa en paz, y que la tierra te sea más grata que las disensiones de tus correligionarios!..

### El Mercantil Valenciano

«En la España republicana, que no claudica y que cada día rinde más fervoroso culto al ideal, habrá producido, indudablemente, profundo duelo esta desgracia, porque una desgracia es la desaparición de un hombre de las condiciones del Sol y Ortega, de un luchador cuya dialéctica de acero temían tanto los restauradores, porque les daba muchos disgustos y les ponía en graves aprietos.

Ha muerto de una afección cardíaca, contraria acaso a aquellos tristes días de la represión maurista, cuando se intentó complicarle en el proceso instruido con motivo de los sucesos de aquella revolución abortada y tuvo que huir a Francia para ponerse a cubierto de la saña reaccionaria.

En su vida política obtuvo como orador parlamentario, temible por la fuerza de su dialéctica, triunfos ruadosísimos, sobresaliendo, entre otros, la interpelación al ministro de la Guerra por la muerte del capitán Clavijo, su discurso a raíz de la pérdida de las colonias y su campaña en el Senado contra Maura en las Cortes anteriores y la que realizó en el Congreso al discutirse el proceso Ferrer.

Ultimamente presentó una querrela contra una Sala del Tribunal Supremo, que no prosperó, y en vista de ello había pedido y reunido antecedentes para plantear en el Congreso un debate relacionado con el asunto, que indudablemente hubiera sido un gran acontecimiento.

La muerte implacable se ha llevado al ilustre caudillo, del que todavía podía esperarse mucho en beneficio de los ideales de la República.»

### Ideal, de Zaragoza

Ha muerto el varón ilustre. Si tuviéramos tiempo y espacio y serenidad de espíritu que nos ha arrebatado la triste nueva, haríamos la apología del insigne tribuno, del jurisconsulto notable, del formidable dialéctico, del austero republicano, cuya vida fué modelo de ciudadanos por sus virtudes políticas y sociales.

No hace falta hablar de su talento; ahí están sus preciosos informes como letrado, y

ns discursos aplastantes como representante del pueblo. Ni es tampoco necesario que recordemos su labor como republicano, porque en la memoria de todos están aún aquellas campañas formidables con las que hizo entusiasmar a las muchedumbres, que le siguieron como a un apóstol.

Su famosa interpelación al Gobierno cuando el fusilamiento del capitán Clavijo hizo vibrar todas las fibras del cuerpo nacional. Su campaña en el Senado contra la política maurista y a manifestación que organizó, a la que concurrió toda la España liberal, no necesita ser rememorada.

Cuando la Solidaridad catalana estaba en todo su apogeo la combatió, porque con su claro talento político vió el anticipado fracaso de aquel movimiento. Después de la Semana Trágica barcelonesa hizo declaraciones que sólo un hombre tan entero como él era capaz de hacer.

Sus enemigos políticos, sus adversarios en ideas, le calumniaron injustamente, llamándole incendiario porque tuvo el valor de llamar gloriosa a la semana que ellos spodaban roja, y le denominaron demagogo, siendo así que era conservador dentro de las ideas republicanas.

Sol y Ortega, como todos los viejos jefes del republicanismo, como todos aquellos santos hombres que se llamaron Castelar, Zorrilla, Pi y Suñer, muere pobre.

Muchos tienen la política como medro. Sol vió disminuir su fortuna y mermar sus pleitos por su modo de ser.

Su carácter rectilíneo no le dejaba transigir con ciertas cosas que anatematizó siempre; su honradez intachable por nadie fué jamás puesta en tela de juicio.

Al caer en la tumba, su figura se agiganta. Amigos y adversarios sentían su muerte, porque era un varón justo que nunca puso odios en sus campañas, sino la fe de su ideal y el amor inmenso que por la democracia tenía.»

### El Pueblo, de Valencia

Azzati publica en él un hermoso artículo, titulado *De sus últimos días*, describiendo su encuentro con Sol y Ortega en Vichy cuando regresaba a Barcelona donde a las pocas horas murió. En el artículo halla estos párrafos, referentes a una entrevista que tuvo el año último con él y en la que le dijo:

—Está muerta la política nacional—decía el simpático viejo agarrado eternamente a su habano—. Y lo peor no es lo que pasa entre los monárquicos, sino el espectáculo indecente que ofrecemos los republicanos. Créame usted, amigo Azzati; hay entre nosotros mucha putrefacción (conocido es el pintoresco lenguaje del honrado tribuno); hay mucho muerto a quien no está bien que nosotros enterremos para que no se nos diga que faltamos a la disciplina ó al compañerismo. Dejemos, pues, que el viento sature el espacio y arrastre los miasmas. Después, cuando no pueda decirse que nosotros hemos atentado contra ningún correligionario y se vea de un modo innegable que no ha sido asesinato, sino suicidio, muerte voluntaria, emprendremos el camino que tantas veces hemos empezado y recorrido desde la Restauración acá: el de la nueva organización para acabar con el estado en que nos hallamos: divididos y desorganizados....

—Nada tema usted. Vivirá el republicanismo. Aunque se quiera matarlo es imposible. Yo saldré sólo para decir la verdad; después, me meteré en mi casa. Yo no puedo hacer otra cosa sino señalar los peligros. La mejor parte de la empresa purificadora no puede ser nuestra, sino del tiempo. Hoy se derrumban tantas cosas a la vez, que no se sabe dónde acudir. Además, me siento verdaderamente enfermo.

«No tengo por qué ocultar que atravesaba yo entonces una crisis de espíritu. Tenía el alma revuelta contra toda la política nacional, y no tengo por qué ocultarlo, me daba asco la dirección que se imprimía el repn-



licanismo. No comprendía muchas cosas que ocurrían y de tal modo me subvertían el equilibrio y exasperaban la voluntad, que si me hubiese sentido tan fuerte de salud como indignado, hubiese lanzado los gritos más estentóreos de mi vida; y tengo por cierto que en toda España me hubiesen escuchado. Insinuó a Sol la necesidad de acudir con todas nuestras energías y solicitudes al estado del enfermo, del partido republicano cuya vida peligraba.»

«He visto a Sol y Ortega en las últimas horas de su vida, entre el humo de las locomotoras y las horribles sacudidas del tren, cruzando un camino fatigoso. Llegué a mi casa entristecido y anunciando a todos el fin de su vida, que no han tardado en anunciar los periódicos.»

No hace mucho leí un artículo de Nakens sobre Sol y Ortega. Si es cierto, Sol ha sido un republicano honradísimo. Es la más bella plegaria que elevarán todos sus amigos. Su valor, su civismo, su integridad, no tenían parecidos. Ha servido desinteresadamente al partido republicano sin una oquidación ni un desfallecimiento. Singularmente sus últimos años han sido de una fecundidad imponderable. Su campaña en el Senado contra Maura lo elevó a la cima de la popularidad y de la estimación. Su intervención en el debate del Congreso después de un maravilloso discurso de Melquíades Álvarez, dió la medida de su talento, de su dominio oral, de su dialéctica que parecía fácil, pero que estaba urdida con hilos de solidez inquebrantable.»

#### El Glamor, de Castellón

La muerte del diputado por Málaga es una pérdida inmensa para la causa republicana y un quebranto irreparable para el partido de Unión al que venía dedicando loables esfuerzos desde hace algún tiempo.

D. Juan Sol y Ortega era una inteligencia privilegiada. Sus discursos en el foro y en el Parlamento han sido considerados como páginas en oro.

Dialéctico y polemista terrible, no había quien contendiera con él, arrollando distintas veces en las discusiones a los hombres más talentados del régimen monárquico. Él fué quien impidió la aprobación en el Senado de la ley de Régimen local presentada por Maura y el que aplicó la puntilla a Cierva cuando la discusión del proceso Ferrer habida en el Congreso.

No ha muerto al frente de la barricada, pero ha fallecido por la causa. La enfermedad adquirida y que lo ha llevado al sepulcro reconoce como origen la fatiga de la lucha. Por la República ha muerto pues. ¡Admiremos a Sol y Ortega!

#### El Diluvio, de Barcelona

«La consecuencia de la calidad de Sol y Ortega de querer ser solicitado y agasajado era que no podía sufrir desvíos de la opinión, y más si eran éstos infundados. De aquí que no son para contados los disgustos sufridos por el gran orador cuando el pueblo de Barcelona no correspondía a lo que él esperaba. Y sentía las desafecciones populares tan hondamente, que el prime ratique de la afección hepática, que tanto ha contribuido a su muerte, lo sufrió en 1891, poco después de las elecciones de diputados a Cortes, en que luchando por Barcelona y Vilademuns no consiguió ninguna de las dos actas, por causas que honran al político, que fué víctima de odios y envidias. Y nada digamos de lo ocurrido en 1901, que después de haberle recibido el pueblo de Barcelona en volandas por un discurso en favor de los contribuyentes, en unas elecciones genorales celebradas en Abril del citado año, obtuvo insignificante número de votos. Inútil fué que sus amigos justificaran la derrota por el triunfo de la candidatura catalana a cuya cabeza figuraba el inolvidable doctor Bober y porque de la candidatura republicana había triunfado un hombre de los méritos del gran Pi y Margall y otro que, como Lerroux, era entonces una esperanza para

el republicanismo. El gran orador no se resignaba; no comprendía lo que él llamaba desafección y desagrdecimiento de los barceloneses. Por esto se retiró a la vida privada, no volviendo a ella hasta que su íntimo amigo y antiguo correligionario en el partido progresista, D. Calixto Rodríguez, diputado por Molina de Aragón (Guadalejara), de acuerdo con Romanones le dieron un acta de senador por la Alcarria. Bien hicieron Calixto Rodríguez y Romanones, porque sin el concurso de Sol y Ortega, el maurismo habría gozado vida tranquila en la llamada alta Cámara.»

#### El Cantábrico, Santander

El prestigio más sólido, de mejor reputación y de más alto relieve intelectual del republicanismo español, ya no existe.

Toda su vida gloriosa sacrificó don Juan Sol y Ortega en el altar de la justicia.

Hombre de cerebro portentoso, de corazón sano, de voluntad de acero y de acrisolada virtud, a la libertad, a la República y al derecho consagró los destellos luminosos de su genio.

Patricia insigne, ciudadano integérrimo, apóstol fervoroso de una santa causa y polemista formidable, cuya palabra elocuentísima hendía y pulverizaba, como tajante espada, los argumentos mejor oimentados de los más sólidos sofismas del error, brilló con resplandeciente luz, como astro de primera magnitud, en las contiendas de la política y del foro.

Republicano de conciencia escrupulosa y de honrada rectitud, no le desvanecieron jamás las alturas de las cumbres del Poder, porque su espíritu de titán, por encima de las cumbres flotaba; mirando con su vista de águila el horizonte del ideal redentor tuvo siempre su elevado pensamiento.

Aún se respira en el ambiente aquel delicosísimo perfume de libertad que dejara en todo el contorno de la Nación la protesta airil que organizara su prodigiosa actividad cuando el reto de Maura, poniendo en pie de guerra cerca de cien mil hombres de todas las clases sociales en la capital de la Monarquía.

¡Ah! Si entonces Sol y Ortega hubiese sido uno de esos detonantes palabreros que con la producción de sus fuegos fatuos pretenden suggestionar y apoderarse del corazón de las multitudes, poco trabajo le hubiera costado en hacerse con la jefatura universal del partido republicano español.

Modesto, honrado, virtuoso y grande en todo, se retiró a sus humildes tiendas, des después de tan colosal victoria.

Ha muerto tan relevante personalidad, precisamente cuando más falta hacía, sobre todo a los desdichados que traen conturbada la política republicana con banderines y capillas fetichistas de ídolos ridículos.»

#### La Justicia, de Calatayud

«Sol y Ortega, en el partido de Unión Republicana, era la figura sobresaliente y una de las más relevantes de la política española.»

Ha muerto el ilustre repúblico y la patria ha perdido un esclarecido ciudadano, la República un paladín meritisimo.

Entre los republicanos de Calatayud, la muerte del Sr. Sol y Ortega causará hondísima pena, pues le admirábamos y queríamos por su honradez acrisolada y porque todos sus trabajos iban siempre encaminados a hacer la unión de la gran masa republicana.»

#### El Porvenir Navarro, de Pamplona

«Sol y Ortega, que pudo crear un partido personal como Lerroux y Melquíades Álvarez, por ser persona de más talento y mayores prestigios que dichos señores, prefirió vivir la humilde existencia del puritano antes que desmembrar la familia republicana. Sus campañas contra Maura, sus magníficos y viriles discursos a raíz de los desastres o niales (pérdida de Cuba, Filipinas y

Puerto Rico) y sobre todo, la notabilísima y enérgica defensa del pobre capitán Clavijo, son títulos hermosos que enaltecerán siempre su limpia memoria de ciudadano integérrimo.

Cuando la Semana Gloriosa de Cataluña (1909), los agentes de la represión echaron encima de la mesa del Senado un suplicatorio pidiendo su venerable cabeza por agitador, demoleedor de conventos y revolucionario.

D. Antonio Maura, que lo detestaba cordialmente, creyó posible entonces obtener una victoria sobre el temido polemista que en el proyecto de administración local le obligara a morder el polvo de la derrota.

Ausente en el extranjero el valiente político catalán (se hallaba en Biarritz), suplico, que al enterarse de lo del suplicatorio, motivado por acusarse de incendiario y cabeza de molin, sería uno de tantos galinas que en épocas de bonanza cacarean para en los momentos del peligro encender el pico debajo del ala, y se equivocó lastimosamente.

Sol y Ortega desbarató la celada reaccionaria con la entereza en él peculiar, respondiendo a la noticia de su procesamiento con aquella su celebrada ironía: «¿Piden mi cabeza? Ya se contentarían con un cabello.»

Y personándose en el Senado, imitando al Tenorio, dijo a los acólitos del maurismo: «Lo hecho por D. Juan, mantenido está por él.»

Su encendido amor a España rayó a gran altura: ahí están los catalanistas que no nos dejarán por embusteros.»

#### El Consecuente, de Reus

«Una nueva baja, y valiosa, en las filas del republicanismo español. Con la muerte de este distinguido, de este ilustre hombre público, el partido republicano ha perdido una de sus más salientes figuras, y el foro uno de sus más grandes y eximios jurisconsultos.

España ha perdido un extraordinario talento político.

El foro un singular y eximio jurisconsulto.

El partido republicano una cabeza de primer orden.

Y Reus, su patria, un blasón de su preciosa diadema de hijos ilustres.»

#### La Democracia, de León

«Sol y Ortega era, dentro de la Conjunción, el único nombre de lucha, a quien temían más enormemente nuestros adversarios.

Sol y Ortega era el hombre que nos quedaba, tal vez la más legítima esperanza para el triunfo de nuestra santa causa, como dicen en un telegrama de pésame mandado a El País, dos sinceros correligionarios leoneses.

De sus triunfos en el Parlamento, en el mitin, en el foro, nadie se olvidará en muchísimo tiempo. Era un dialéctico incontestable, un fiscal terrible y un hombre cuya honradez inspiraba a amigos y adversarios hondo respeto y confianza absoluta.

Sus actos políticos son los que han logrado conmover más vivamente a toda la nación, los que han tenido más resonancia, los que han hecho abatirse y caer deshechos a aquellos gobiernos que como el del señor Maura vivía a la sombra de una soberbia y un encamisamiento incógnitos.

Su valentía insuperable, alentada por la plena posesión de la razón y de la justicia, le hizo destacar en las ocasiones de mayor peligro, levantando altivo su cabeza de patriarca, como en un eterno reto a la maldad.

El fué el único que se atrevió a calificar de crimen jurídico, el fusilamiento de Clavijo. El que, cuando todo el pueblo español parecía castigado por la dictadura maurista, alzó en el Senado su voz agria y potente, lanzando una acusación formidable en una frase sencilla. Y al día siguiente, hizo caminar tras de sí a más de cien mil personas por todo Madrid, en la protesta más viril y más enérgica que recorde.»



El fué quien llevó el peso principal en el famoso debate de Ferrer, aduciendo argumentos y razonamiento; tales que nadie ha sabido contestar aún.

El, por último, ha sido el único que se ha atrevido á formular una querrela por prevaricación, contra el Tribunal Supremo, que no le fué admitida y que ahora preparaba para exponerla en las Cortes. ¡Acusación formidable que ahora quedará inédita!

### *La Opinión, de Córdoba* *Periódico Monárquico*

Ha muerto el eximio republicano, honra y prezo del federalismo español.

La Patria está de luto porque ha sucumbido uno de sus más gloriosos amadores, de sus más firmes y abnegados hijos.

Aparte de las estridencias del ideal que mantuvo siempre el ilustre fallecido, el señor Sol y Ortega fué durante su vida política un gran patriota.

El fué el primero que á raíz de la tremenda catástrofe nacional determinada por la pérdida de las Colonias, levantó en las Cortes la solemnidad de su voz angustia, así para vigorizar y dar firmeza al abatido espíritu patriótico, como para condenar con severidades de austeridad suprema la obra de los gobernantes que nos llevaron al fracaso.

Después de aquella patriótica y gallarda actitud, el señor Sol y Ortega siguió su vida política incurriendo, claro es, en algunos errores de apreciación, pero siempre consagrado al culto de la Patria, el más grande amor de sus amores ciudadanos.

Toda la vida de Sol y Ortega puede presentarse como un ejemplo glorioso de honradez y austeridad, de consecuencia y patriotismo, ejemplo que de haber sido aprovechado por sus partidarios, no estaría el partido republicano como hoy se encuentra: dividido en absoluto, de espaldas al país y menospreciado de todos los patriotas...

Bien que esto nos congratula como monárquicos y como amantes de la Patria, porque deshecho el enemigo común, minado por las hondísimas diferencias que le separan, la tranquilidad y el orden patrios están asegurados por mucho, por infinito tiempo...

Pero no es ocasión de hacer política en estas líneas editoriales; al coger la pluma nos propusimos hacer á la venerable figura del viejo y honrado republicano, la ofrenda sincera de nuestra devoción, de nuestro duelo, porque antes que al político miramos al patriota, porque ante la muerte las diferencias se borran, los odios se extinguen y las pasiones políticas acallan sus ecos de lucha.

Verdaderamente entristecidos, con la sinceridad de un dolor sentido muy hondo, tenemos hoy para la memoria del Sr. Sol y Ortega el homenaje de nuestro duelo.

Fuó un decidido patriota y un ciudadano honrado, y bien merece por ello, que todos los españoles, en el duro trance de la muerte del hombre eximio, todos, adversarios y amigos, tengamos para su gloriosa memoria la flor de nuestro sentimiento.

Desde la distancia política que nos separó del insigne español que acaba de fallecer, tenemos por su memoria un caudal inmenso de perdón para sus errores políticos y de amor para sus entusiasmos de patriota.

Porque es fuerza repetirlo: ante todas las cosas, D. Juan Sol y Ortega fué un firme y abnegado amorador de la Patria.

Descansen en paz eternamente y Dios conceda á su alma el lugar augusto que se reserva para los honrados, para los buenos.

## D. Ildefonso Suñol

Otro republicano de gran valía, que ha muerto en Barcelona.

Escritor notable y eminente jurisconsulto, entró en la Solidaridad, de cuya

vida activa se apartó al poco tiempo, siendo diputado á Cortes.

Sin tiempo ni espacio para juzgarle, me adhiero á los elogios que le tributa *El Autonomista* de Gerona en el siguiente artículo:

### La muerte de dos hombres ilustres

Con la diferencia de pocas horas han desaparecido del mundo de los vivos dos figuras históricas que desde planos diferentes ascendieron á ocupar los primeros puestos de honor en la política española: Juan Sol y Ortega é Ildefonso Suñol.

El eco de estos dos hombres hace vibrar las fibras más íntimas del patriotismo catalán y ¿por qué no decirlo? del patriotismo español. Los dos sirvieron desde sus respectivos puntos de vista la causa de la libertad con amor inextinguible y desinteresado; pero también, y esto constituye su mayor gloria, con talento soberano, que no lograron eclipsar los astros más fulgurantes del firmamento parlamentario de la oratoria forense y de la tribuna popular.

¡Ironías del destino! Mueren en un mismo día el luchador republicano que llevó en su bandera el lema de *Unión* entre todos los españoles que comulgan en el ideal de la República, sin distinción de escuelas, accidentes ni matices, sintiéndose feliz con el simple arrullo de aquel nombre, que representaba en su mente la suma de todas las felicidades y todos los progresos, á la vez casi que el otro adalid de una causa en el fondo idéntica, pero en la forma distanciada, á la manera de fuerzas convergentes que, partiendo de lugares inicialmente distantes; vienen á encontrarse en un mismo vértice, término final de sus evoluciones. Este punto de convergencia era para Sol y Ortega y Suñol la libertad en todas sus manifestaciones.

Creyó el primero que lo principal era derribar lo existente, en la seguridad de que saldría de sus ruinas la nueva construcción que se espera mediante el desinteresado concurso de todas las fracciones republicanas. Esto es lo que no pudo creer Suñol y de ahí la distancia irreducible que les separaba. ¿Quién estaba en lo firme? ¿A cuál de ellos asistía la razón?

Huelga que lo digamos nosotros, que hacemos profesión de federales, cosa que abominó el ilustre Sol; de autonomistas, palabra que sólo admitía en sentido muy restringido; y de nacionalistas, en cuanto nuestra tierra goza de todas las condiciones y atributos morales é históricos que son propios de la nación. Este, que es nuestro credo, era el de Ildefonso Suñol, que supo revestirlo de todas las galas y esplendideces de su refinada cultura y de una palabra clásica, selecta, cual pocas ó ninguna de las que han aparecido en la tierra catalana.

Los dos, sin embargo, desde su respectivo terreno han servido con igual fervor la causa de la libertad y de la patria. ¿Po-

demo suponer que amaba menos que otro á nuestra adorada Cataluña Sol y Ortega, nacido y criado en su seno, elegido repetidamente para representarla encarnado con su sol, con sus aires, con su acento, que llevaba impreso en el propio con carácter imborrable, y tan identificados con ella que no podía ausentarse mucho tiempo sin sentir pronto la nostalgia de esta tierra de sus amores? No; el amor á Cataluña era idéntico en ambos y los dos anhelaban servirla y coronarla de gloria con sus diferentes talentos y con sus á veces opuestos puntos de vista, que los separaron en vida y que muertos les unen en una misma aureola en el altar sagrado de la patria.

El dolor por tan sensibles pérdidas se acrecienta, al pensar que pasan los años y transcurren los lustros sin que avancemos un paso en la senda de nuestra regeneración política y civil. Mueren uno tras otro los grandes caudillos coronados de gloria, pero la tierra está por conquistar. Quedará, sin embargo, su ejemplo y esto equivale á una relativa compensación.

*El Autonomista* llora con el pueblo español la pérdida de estos dos ilustres varones, y envía á las familias de los finados la expresión sincera de su sentimiento.

## En buen camino

Con su huelga los obreros textiles han ganado una reducción de jornada, es decir, la imposibilidad legal de que la jornada de trabajo pueda ser mayor de diez horas por día.

Y aun siendo esto mucho se ha ganado algo que vale más, y es que los gobernantes sean formales, que ofrezcan en los casos concretos para cumplir, no para salir del paso.

Oradores al cabo los políticos, esto es, hombres que hablan mucho, páse que ofrezcan el oro y el moro en la oposición, pero en el gobierno y en lo que se refiere á reformas obreras determinadas, el prometer en los casos de apuro para no cumplir—como en la huelga de mineros en 1906—ó para salir con una pata de banco—como en el conflicto de ferroviarios de 1911—se ha concluido para siempre jamás.

Y se ha de notar que también ha terminado eso de las promesas vagas y difusas, las cómodas generalidades á que tan aficionados son los políticos—oradores al cabo—. En lo futuro, y á partir de esta huelga, las promesas no sólo serán una escritura, sino que constarán con todo detalle y precisión.

Bueno fuese que en todos los órdenes los elementos sociales todos se mostraran tan desconfiados como los obreros textiles catalanes, y no ya sólo respecto de los gobiernos, sino también respecto de los políticos.

Así á éstos, hombres que hablan mucho—y bien según dicen—, habría en



primer lugar de exigirles que concretasen.

Así, por ejemplo, cuando un señor de esos dijera que él realizaría «todas las reformas sociales compatibles con la justicia»—¡no hay que reírse, lector, que esta elocuente vaciedad es histórica!—habría que exigirle en el acto que se dejase de camelos y concretara ce por be esas reformas.

Y cuando ese mismo u otro que tal bailase hablara de soberanía nacional, también se debería pedirle menos ruido y más nueces, mejor dicho, que mostrase las nueces que él metía dentro de ese ruido.

Y con los gobiernos, nada de prórrogas, de «créditos de paciencia» ó de confianza. Promesa hecha, á realizarla en el acto, sin aguardar un minuto, que aquí no nos fiamos.

Es decir que con la huelga se ha logrado inaugurar—al menos en lo obrero, una era de formalidad y también una reforma en el lenguaje político.

Toma y daca y así no hay engaño, y amigos hasta la pared de enfrente, pero las alpargatas cuarenta cuartos.

Usted, señor político ó señor orador, habla como Demóstenes y «acciona» como el actor más pintado, pero todo eso tan bonito y tan sublime dígamelo en romance, en idioma vulgar para que me entere y se enteren otros porros como yo, y después veremos si va usted ó no va en nuestro carro á Valdepeñas...

En fin, que los obreros textiles han iniciado una transcendental y fecunda línea de conducta con políticos y gobernantes que puede resumirse en un elocuentísimo, concreto y categórico: *Hoy no se fía aquí.*

J. J. MORATO

**Errata.**—En el anterior número de EL MOTIN y en el artículo «Justicia distributiva» hay una errata de consideración «debida» á la mala letra de este embotronador de cuartillas: el epígrafe del primer cuadro dice *horas*, y hay que leer *husos*.—Vale.

## Barriobero y la defensa de Sancho Alegre

Es interesantísima la defensa que publicada en folleto pronunció en favor de Sancho Alegre, el abogado defensor de los pobres, D. Eduardo Barriobero. Los amigos, al editar tan magistral discurso modelo de defensas y toda una historia jurídica, han tenido tan buen acuerdo, que merecen toda clase de elogios por parte de la opinión sana y consciente.

En cuanto á la trascendencia del trabajo, de ese informe claro y conciso lleno de sabiduría y hermosa doctrina, la tendrá seguramente el bolsillo particular del amigo, que al aceptar tal asunto verá desaparecer de su bufete alguno que otro escrupuloso padre de familia, y aumentará, ¡eso sí! día en día el trabajo de

tal manera, que el ejército de hambrientos y oprimidos llamará á sus puertas con el propósito de ampararse bajo la humana conciencia de uno de los primeros abogados de la nación. ¿Bajará su clientela? Todo lo contrario suponemos cuantos nos honramos con su amistad, porque lleva mucho ganado en el campo de los que sabemos difundir sus doctrinas políticas y sociales.

En cuanto al fondo de su informe, no soy yo quien debo de ocuparme en calidad de crítico. El público amante de todo lo bueno se encargará de darle el visto bueno, haciéndose de un ejemplar que seguramente no faltará en las buenas bibliotecas, ni en los despachos de Procuradores, Notarios y Abogados.

Como soluciones concretas las tiene también; tan fecundas que nos alcanzan á todos por igual. Así que republicanos y socialistas debemos un acto más de gratitud al que tanta falta nos hace en el Congreso, para tirar de la lengua á más de cuatro magistrados que confunden el mercantilismo con la justicia.

En resumen: damos como triunfo seguro el último obtenido por mi buen amigo el Sr. Barriobero

MANUEL ALBI

Valdepeñas.

## Una vergüenza

Señores concejales conservadores liberales, liberales, republicanos y socialistas: el día 25 del corriente fué el octagésimo octavo aniversario del suplicio de aquel valeroso soldado de 1808, honradísimo concejal de 1820, denodado miliciano de 1822 y 23, ilustre rebelado por la libertad de 1825 y mártir de ella en 25 de Agosto de 1825.

Su vida de modesto obrero fué ejemplar, su abnegación insuperable, su muerte sublime, tanto que está al par de los más ilustres mártires de la libertad.

Este hombre, madrileño, se llamó Pablo Iglesias, fué tirador de oro, y nada hay en Madrid—aunque sí en Almería—que recuerde y honre su memoria.

Y esto, señores concejales, es una ingratitud y una vergüenza, sobre todo cuando tantas calles de Madrid se ven mancilladas con el apellido de hombres mediocres, anodinos y aún de ingrato é infeliz recuerdo.

EL ARRAEZ MALTRAPILLO

## Crónica de Estévanez

«Desde el 30 de Julio, éste parece un país civilizado: cielo azul, noches espléndidas y temperatura deliciosa: casi como la de Cuba en los meses de Enero y de Febrero. Si esto sigue, prometo seguir escribiendo cosas para *El Nuevo Régimen* hasta el siglo XXI. Pero ¡ay! no seguirá, París está más cerca del Polo que del

Ecuador, y por eso resulta inhabitable para personas decentes.

Sin embargo puede ser que se mantenga el buen tiempo, siquiera algunos días, pues hoy he visto en las calles cinco franceses que iban sin paraguas, aunque no sin cintita de la Legión de Honor.

Como siempre que el tiempo lo permite, salí ayer á dar un paseo por mi parque preferido, que es el cementerio más cercano; pero mañana, si puedo, iré hasta los Inválidos para ver una vez más la tumba de Napoleón.

Bien sé yo que el gran emperador era un bandido, pero soy uno de sus envidiosos y pienso mucho en él. Lo que le envidio, no es, ciertamente, ni sus victorias, ni la fama que dejó en el mundo, sino la suerte que tuvo de morir en una isla africana. Esa fortuna quisiera yo para mí.

En cuanto á mis paseos por el cementerio colindante con mi alojamiento, que es el de Montparnasse, no se crea que es romanticismo; nada tengo de común con los románticos de 1830, aquellos que vivían entre sepulturas, se suicidaban sin motivo, usaban melenas dignas de Absalón y hablaban en sus versos de varitas mágicas y «del negro capuz».

En mi paseo de ayer por las frondosas calles del cementerio vecino, encontré no pocos sepulcros de españoles; alguno de ellos posee (dado que los muertos posean alguna cosa) un mausoleo magnífico. No he de citar los nombres de todos los españoles que yacen bajo tierra en Montparnasse, por ser casi todos tan desconocidos como el del suntuoso mausoleo: pero he de citar algunos.

Allí está sepultado el coronel Amorós, aquel afrancesado en 1810, que introdujo en Francia la gimnasia: todavía le llevan flores las Sociedades gimnásticas francesas.

Allí reposa el venerable D. José Segundo Florez, el ex fraile agustino que fué colaborador y albacea de Augusto Comte y grande amigo de nuestro Pl y Margall.

Enterrado está cerca de Florez el entusiasta socialista malagueño José Mesa y Llompart, de quien se acuerdan más los socialistas franceses que los españoles.

Pero la sepultura que me detuvo más tiempo fué la monumental de un personaje, catalán sin duda, en cuya lápida no está grabado su nombre.

He aquí su único epitafio:

«*Montanyes regalades son las del Canigó.*»

Confieso mi ignorancia; no sé quién es el muerto. Porque no creo que estén enterrados en París, ni el gran Verdaguer, ni Víctor Balaguer, ni poeta alguno cantor de los Pirineos.

Si me encuentro con alguno de los mil catalanes que viven en París, lo llevaré á Montparnasse y me sacará de dudas.

Buscando sepulturas de españoles, he visto y he leído epitafios parisienses muy extravagantes. Unos de ellos dice:



*Majaderos que aún vivís,  
¡FASTIDIARSE!*

Y dice otro:

*Quise tanto á mi mujer, que siento de  
veras haberla dejado viuda; hubiera prefe-  
rido lo contrario.*

Y un tercero más lacónico:

*Viandante,  
¡aquí te espero!*

Que sea por muchos años, digo yo.

Aún faltan dos meses para el anunciado viaje á Madrid del presidente Poincaré, y casi no se habla de otra cosa entre ciertos periodistas. Son muchos los que quieren ir con él. Algunos ya se han provisto de una guía de España, y de cartas de recomendación. Más no se crea que van por ver el Museo del Prado, conocer El Escorial y visitar Toledo. Lo que pretenden es adornarse con la cruz de Carlos III ó con cualquier otra. Hará bien ese Gobierno en darle dos ó tres á cada uno, y contarán maravillas á la vuelta, y de la hidalguía española, del cielo estrellado y de los naranjos de Madrid. Por que verán naranjos y limoneros hasta en El Escorial.

Pero el que vuelva sin ser condecorado, se desquitará contando horrores, llamándonos cernícalos o escribiendo un libro sobre los garbanzos.»

*De El Nuevo Régimen.*

## LIBRO NUEVO

# Poesías festivas

de  
renombrados autores

PRECIO: UNA PESETA

Una de las poesías que lleva el libro:

## UN BESO

Con majestad imperiosa  
se desliza por la vía  
el exprés de Andalucía  
con marcha vertiginosa.

En un coche de primera  
están dos recién casados  
pensando ya entusiasmados  
en su dicha venidera,

privados de la presente,  
porque allí, en el coche, van  
un buen padre capellán,  
un torero y un teniente.

Reina un silencio profundo  
en todo el departamento;  
por mero entretenimiento  
va leyendo todo el mundo.

Llega el tren á penetrar  
en un túnel tenebroso,  
y al disponerse el esposo  
la ocasión á provechar

y dar suelta á su pasión,  
le interrumpe su embeleso  
el claro ruido de un beso  
seguido de un bofetón.

¡Triste situación aquella!  
¿Quién ha sido el atrevido?  
No cabe duda al marido  
que el bofetón lo dió ella.

Sale el tren á la luz clara  
y se descubre el telón;  
que impresa la solución  
lleva el buen padre en la cara.

Mas de tamaña insolencia  
se cree el esposo vengado,  
pues el cura en el pecado  
encontró la penitencia.

Llega á una estación el tren,  
y aquella feliz pareja  
el departamento deja  
y el cura baja también.

Cuando alejarse los vió  
rompe el silencio el torero,  
diciendo á su compañero:

—Compare, ze le ganó  
por meterse á torrear  
sin tené la alternativa.

Al escuchar la alusiva  
le interrumpe el militar:

—¿Pero usted se lo ha creído?  
¡Si el buen cura es inocente!  
Voy, pues, inmediatamente  
á explicarle lo ocurrido.

Cuando subió el cura al coche,  
juzgué de muy mal agüero  
el tener por compañero  
un cura toda la noche.

Y con gran tenacidad  
medío de echarle busqué,  
y en el túnel lo encontré.

En su intensa oscuridad  
llevé á cabo mi intención,  
que preparé de antemano:  
me di un beso en una mano  
y le solté un bofetón.

LUIS FACIO

# En la ciudad

Calle de una ciudad. Noche. Frío en el ambiente y en las almas.

Separándose de un rico escaparate, un hombre haraposo vacila sobre sus piernas. Da un traspié y cae sobre el negro asfalto. Tendido queda, con la cara al aire.

—Estará borracho.

—No se mueve.

—Parece muerto; tiene la cara verde.

Rodean al caído gentes que no se afren á tocarlo. El galguito de una damisela, único, se aproxima para olfatear. La linda señorita arrástrale hacia sí tirando de la sutil cadena. ¡Pícaro animalillo! ¡Acercar al astroso cadáver el monísimo hociquito que ella besa muchas veces con ternura!...

Llega un oscuro policía. Con un pié sacude el cuerpo inánime. No da muestras de vida. Atrévase á tocarle la mejilla huesosa. Fría.

Está muerto.

Reúnense más curiosos.

—¿Qué es?

—Un mendigo muerto.

—No era viejo.

Transcurre una hora. Llega una cami-

lla. La cara del muerto deja de mirar al cielo con aquellos ojos mate. Los camilleros recogen los plngajos humanos; cuelga la cabeza y, al colgar, mira á la muchedumbre. Pero la muchedumbre no se apercibe de esta mirada que no brilla.

La camilla se pierde en el torbellino de gentes que van apresuradas, coches, autos, luz eléctrica y estrépito de vida.

Queda sólo un grupo que comenta el suceso.

—De hambre.

—Hambre y frío.

—No; de frío sólo.

Esta última expresión la dice una mujer vieja, seca, haraposa como el muerto. Fíjanse en ella todos. Y repite:

—Sí, de frío sólo; porque sin frío en los corazones no hay hambre.

¿Quién será aquella especie de harpía?

—¿Conoce usted al muerto?

—Es mi hijo.

—¿Y cómo está usted tan tranquila?

La momia parlante levanta los hombros con negligencia.

—Tengo otros muchos.

Y se va, con marcha grotesca, como de huesos dislocados. La gente no sabe atreír. Hay un poeta con ojos de loco que habla solo en voz alta:

—Yo sé quién es esa mujer.

Como observe que le miran con extrañeza, concluye:

—Es también madre mía...

J. A. MELIA

# ¡Así, así!...

*La Voz del Pueblo*, periódico republicano de Zamora, publica estos renglones:

«Con gran contentamiento de la Redacción, con gran contentamiento de nuestros correligionarios y con gran contentamiento de nuestros suscriptores, supimos extraoficialmente el domingo pasado que en la misa mayor de todas las parroquias se había leído una condenación del diocesano á *La Voz del Pueblo*. Lamentamos la molestia que se ha tomado dicho señor y le damos las gracias por la condenación con que ha honrado á nuestro semanario.»

Poco y bien dicho.

Contestar con el desdén á esas majaderías, es el mejor medio de que acaben.

# La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

# Dios ante el sentido común

*Por el cura Juan Meslier*

Precio: UNA PESETA

**LA RELIGION  
AL ALCANCE DE TODOS  
Una peseta.**



# Los peregrinos

POR

ROBERTO ROBERT

Hoy nadie habla de San Trond.

Hoy todo es hablar de ciudades fabriles, de conferencias materialistas, de fuerzas mecánicas...

Pues bien: en San Trond había en el siglo XI un monasterio, donde entraba al año más dinero que hoy en la fábrica más presuntuosa.

Ello es verdad que los pobres monjes tenían que sufrir mil impertinencias de los peregrinos, que en multitudes innumerables extendían su fama.

El autor piadoso que trata de ello, dice que a todas horas del día y de la noche era aquello un incesante entrar y salir de gente, cuya algazara (*grandisona inquietatio*) era por demás enojosa.

Pero se comprende que había de causar mucha alegría y muy perdonable retozamiento en los peregrinos el pensar que se hallaban en sitio donde existían reliquias de santos, y donde el día anterior se había verificado un milagro y casi era seguro que al volver ellos la espalda se verificaría otro.

Por todos los caminos se veían grandes reuniones de peregrinos, y en todo lugar eran atendidos y obsequiados.

Sus bienes y familias quedaban bajo la custodia de las leyes, y sus personas eran sagradas.

Pero si un monasterio como el de que acabamos de hablar atraía a tanta gente, ¿qué no había de suceder con el supulcro de los apóstoles y sobre todo con el de Cristo?

Aun en aquella época en que decimos los impíos que la Roma pontificia llegó al último grado de corrupción y desvergüenza, aun entonces acudían a su recinto los hombres más ilustres de la cristiandad.

«Thierry (leo en un libro), abad de San Huberto, uno de los clérigos más literatos de su época, peregrinó siete veces a Roma. Helinando, abad de San Benigno, en Dijon, iba frecuentemente a implorar el auxilio de los santos apóstoles. El duque Guillermo de Aquitania, iba a Roma todos los años, y, cuando dejaba de hacerlo, peregrinaba a Santiago de Galicia.»

Enfermó durante una navegación Raimundo de Plasencia que, habiendo perdido su caudal en especulaciones mercantiles, quiso peregrinar a Jerusalén.

Entonces la piedad era muy grande. Los marineros querían echarle al mar, viéndole moribundo, por temor de que no les atrajese alguna desgracia.

No lo hicieron, porque las reflexiones y lágrimas de la madre de Raimundo, acabaron de excitar en ellos los humani-

tarios sentimientos que ya sin duda les habían despertado los sermones.

El disoluto Gervino de Reims peregrinó en compañía de otros seiscientos hombres y expió sus culpas.

Peregrinó Guillermo VII de Poatú, y también Berenguer II, conde de Barcelona, y en verdad que no pudo resistir a las penitencias que se le impusieron, y allí murió.

San Gerónimo y Eusebio de Cremona fundaron un albergue en Belén.

La romana Paula, que les había seguido en peregrinación, fundó también allí un monasterio de mujeres.

Hubo posadas de peregrinos en Hungría y en el Asia Menor.

La madre de Constantino, Santa Elena, peregrinó y levantó el templo sobre el sepulcro de Cristo y numerosas capillas en los alrededores.

La emperatriz Eudoxia allí peregrinó igualmente, y si bien al principio fué murmurada por su lujo, acabó por quedarse en aquel sitio, y «dividió su tiempo entre azotarse y hacer versos».

Cuando el abad Ricardo partió de Verdun para Tierra Santa, nada menos que con setecientos peregrinos, llevaba entre ellos a Ricardo, conde de Normandía, y a Hervino, abad de Tréveris.

Peregrino fué Roberto el Diablo, el hijo de aquella que, antes de ser madre, había dicho: «¡Ojalá concibiera, más que fuera el diablo!»

Pues ese, descalzo y envuelto en el burdo sayal, hizo penitencia en el monte Sión, en el huerto de las Olivas, en el valle de Josafat y en Belén, y en el monte Tabor y en el Jordán.

Y dice la piadosa leyenda, que una carta bajada del cielo le impuso por penitencia andar por el mundo fingiéndose loco, no pronunciar palabra alguna y no comer nada como no se lo arrebataste de la boca a los perros.

Un cronista del mismo siglo XI intituló uno de sus capítulos *Afluencia de los pueblos de todo el universo al Santo Sepulcro de Jesús*. «Una muchedumbre innumerable, dice Raul Glaber, acudía de todos los extremos del mundo a visitar el sepulcro del Salvador. Eran hombres de todas condiciones: condes, marqueses, prelados, reyes, hasta las mujeres se pusieron en camino. Aquel movimiento inaudito hizo creer a los espíritus agitados aún por el temor del fin del mundo, que iba a aparecer el Anticristo.»

Pero no apareció.

Ese movimiento universal excitaba la piedad y los milagros; establecía pacíficas relaciones y despertaba el espíritu de caridad y amor en todos los hombres que participaban de las mismas penalida-

des y consuelos y esperaban por igual las celestiales recompensas.

A mediados del siglo XI volvían de Jerusalén unos cien peregrinos normandos con sus conchas, sus calabazas y sus esclavinas y barbas, tal y conforme se venden aún hoy día en los soportales de la Plaza Mayor.

Díre lo que les aconteció.

Los cien peregrinos entraron en aguas de Salerno, y allí desembarcaron.

De pronto, dice la Historia, aparecen ante los pacíficos peregrinos veinte mil sarracenos que tenían infestada aquellas costas, a pesar de las excomuniones que repetidas veces se les habían disparado.

Los bárbaros infieles se lanzan con malos modos sobre los peregrinos, y con brutales amenazas les exigen un crecido tributo.

Considere el piadoso lector cómo quedarían aquellos piadosos peregrinos, cuyas armas eran la fe y cuyos tesoros consistían en ser poseedores de la doctrina del Salvador, corregida y aumentada por la Iglesia.

Como digo, los peregrinos quedaron medio atontados; los habitantes de Salerno llenos de temor y de lástima por aquellas buenas gentes, y los sarracenos unos continuaban con sus brutales exigencias y amenazas, y otros se entregaban al gozo y rugían y daban saltos de contento pensando en el botín que iban a recoger.

De pronto el espíritu de caridad evangélica de los peregrinos se trueca milagrosamente en humano berrinche; cierran con los sarracenos, cargan con ellos, los acorralan, los vencen, y los arrojan al mar.

Hecha esta operación, se volvieron a los de Salerno y les pusieron de cobardes y mujercillas que no había por donde cogerlos, y se fueron.

Por cierto que el duque de Salerno, al ver lo que habían hecho aquellos peregrinos, quiso contratarlos, no para adorar reliquias, sino para matar bajo sus banderas a quien a él le conviniese; pero ellos querían admirar más reliquias y más sepulcros de santos, y le dijeron que ya volverían otro año.

Y no se crea que fué este el único ultraje que sufrieron los peregrinos: al contrario, tanto hubieron de padecer que, según dice un historiador, la idea de las Cruzadas fué en parte nacida de las vejaciones.

(Continuad).

IMPRESA: LIBERTAD, 31.—MADRID